

Reflexionando

P. FERNANDO GIOIA, EP

SOBRE LA SAGRADA LITURGIA Y OTROS TEMAS

- ✓ *El Silencio en la liturgia: la sonoridad de Dios*
- ✓ *El Arte Sacro. Camino para el encuentro con Dios y sus misterios*
- ✓ *San Juan Bautista: el Heraldo del Mesías*
- ✓ *La Liturgia de la Iglesia, una catequesis en acción*
- ✓ *La belleza en el canto litúrgico, elemento eficaz de evangelización*
- ✓ *Liturgia y vida: el papel de la liturgia en la vida de los hombres*
- ✓ *Las tres devociones de los Heraldos: la adoración Eucarística, la devoción Mariana y el amor al Papado.*



Reflexionando

TOMO 2



Heraldos del Evangelio

Lomas de San Francisco, calle 2 número 33
Antiguo Cuscatlán, El Salvador.
Teléfono: 2273 1877

7 de octubre de 2016
Fiesta de Nuestra Señora del Rosario
1000 ejemplares

padrefernandogioia@heraldos.info
es.arautos.org

Índice

	PAG
• EL SILENCIO EN LA LITURGIA: LA SONORIDAD DE DIOS	5
• EL ARTE SACRO. CAMINO PARA EL ENCUENTRO CON DIOS Y SUS MISTERIOS	11
• SAN JUAN BAUTISTA: EL HERALDO DEL MESÍAS	23
• LA LITURGIA DE LA IGLESIA, UNA CATEQUESIS EN ACCIÓN	33
• LA BELLEZA EN EL CANTO LITÚRGICO, ELEMENTO EFICAZ DE EVANGELIZACIÓN	43
• LITURGIA Y VIDA: EL PAPEL DE LA LITURGIA EN LA VIDA DE LOS HOMBRES	57
• LAS TRES DEVOCIONES DE LOS HERALDOS: LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA, LA DEVOCIÓN MARIANA Y EL AMOR AL PAPADO	71

EL SILENCIO EN LA LITURGIA: la sonoridad de Dios

La justa proporción entre palabras, gestos movimientos y silencio, es fundamental para una buena celebración litúrgica. El “silencio sagrado” otorga profundidad a la oración.

Con la reforma litúrgica del Vaticano II, el silencio en cuanto tal ha entrado por primera vez en las normas como parte integrante de la celebración litúrgica. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* – luego de determinar el incentivo a la participación activa de los fieles por medio de aclamaciones, respuestas y cantos– expresa: “Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado” (SC, 30). Y el Ordenamiento General del Misal Romano reafirma esta determinación casi en los mismos términos: “Oportunamente, como parte de la celebración, se debe observar el silencio sagrado” (OGMR, 23).

Como para resaltar la importancia de esa pausa en los actos litúrgicos, el Apocalipsis señala que el silencio es observado incluso en la “gran liturgia celestial”: “Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo, como una media hora” (Ap 8, 1).

El Padre Antonio Alcalde expresa con pulcritud el buen efecto de esos períodos en que cada fiel se

recoge para escuchar en su corazón la voz de la gracia: *“En la música callada, en la música divina del silencio, en la soledad sonora, en la armonía interior de cada uno, Dios hará resonar su eterna melodía de amor para con todas sus criaturas”*¹

“Uno de los elementos de más valor en la celebración litúrgica”

Por lo anterior, el silencio en la Liturgia no es mutismo ni espera vacía entre dos partes de la celebración, sino al contrario, es connatural a la oración; es la apertura a Dios y un reencuentro consigo mismo. Lejos de reducir a los fieles a la condición de espectadores extraños y mudos, el silencio los integra *“más íntimamente en el misterio que se celebra, en virtud de las disposiciones interiores que derivan de la Palabra de Dios que se escucha, de los cantos y de las oraciones que se pronuncian, y de la unión espiritual con el sacerdote”*, como consta en la Instrucción Musicam sacram, del 5/3/1967, sobre el empleo de la música en la sagrada liturgia.

El sacerdote salesiano José Aldazábal afirma que es *“uno de los elementos de más valor en la celebración litúrgica”* y que *“en nuestras celebraciones el silencio puede ser una de las formas más expresivas de nuestra participación”*². El referido P. Antonio Alcalde es todavía más categórico, apuntándolo como la propia cima de la oración: *“A los fieles hay que explicarles debidamente la razón de este silencio litúrgico, que no es contrario a la plegaria, sino que constituye la cúspide de la misma”*. Y añade que *“tiene un valor positivo en orden a lograr una participación mayor, un mejor culto a Dios y una mayor edificación de los fieles”*³.

1. Pastoral del Canto Litúrgico, Antonio Alcalde, p. 183.

2. Gestos y Símbolos, pp. 88 y 91.

3. Op. cit., p. 180.

La mejor preparación para celebrar la Eucaristía

El mejor medio para que todos se preparen devota y dignamente a la celebración sagrada es guardar silencio en el recinto sagrado, incluso en la sacristía y lugares cercanos. Al respecto, Mons. Peter J. Elliott señala con toda claridad: *“El silencio es la mejor preparación de la liturgia. Aparte de una música apropiada, no se debe permitir ningún menoscabo del derecho que el pueblo tiene a la tranquilidad antes de la Eucaristía. Por ejemplo: no se deben permitir ensayos de coro o musicales, avisos que pueden darse más tarde, o distracciones en el presbiterio o en cualquier otro sitio”*⁴. Agrega que los asistentes pueden encontrarse y hablar antes de la Misa, pero en una zona bien separada del lugar donde se celebrará la liturgia.

Si tan importante resulta abstenerse de hablar y de turbar con actividades inoportunas el recogimiento de los asistentes antes de la misa, lo es todavía mucho más durante la Celebración.

Momentos de silencio durante la misa

El Misal Romano propone variados intervalos de silencio a lo largo de la Celebración Eucarística. En el Acto Penitencial, el sacerdote y los fieles deben hacer juntos un momento de silencio antes de la oración *“Yo confieso”*.

En la Liturgia de la Palabra, si parece oportuno, se puede observar un breve espacio de silencio tras cada lectura y también después de la homilía, para que todos mediten lo que han oído.

4. Guía práctica de liturgia, Peter J. Elliott, p. 85.

La presentación de las Ofrendas –ese acto tan intenso en la celebración, en que la Palabra ha terminado para dar paso a la Plegaria Eucarística– es un momento para crear un clima de recogimiento e interiorización, a lo cual contribuye una música de fondo o un coro que interprete alguna pieza polifónica.

Terminada la distribución de la Comunión, si es el caso, el sacerdote y los fieles oran en silencio por un tiempo, pudiendo también la asamblea entonar un canto o un himno de acción de gracias.

Muy a propósito comenta el P. Alcalde: *“Si no son fomentados esos silencios, la celebración puede convertirse en una sucesión de palabras, oraciones y ritos amontonados unos sobre otros, y nos veremos envueltos en la asistencia rutinaria, abocados a la dispersión, al ruido y, sobre todo, a la falta de participación”*⁵.

La Iglesia da tanta importancia a esos períodos de recogimiento que los recomienda incluso en las Misas celebradas para niños, *“para que no se conceda un lugar excesivo a la acción externa, pues también los niños, a su manera, son realmente capaces de meditar”* y deben aprender *“a entrar en sí mismos y a meditar, rezar y alabar a Dios en su corazón”*⁶.

Finalidad de los intervalos de silencio

Como se desprende de lo anterior, la naturaleza de los distintos intervalos de silencio depende de los momentos de la Liturgia en que son observados.

5. Op. cit., p. 181.

6. Directorio para las Misas con niños, n. 37.

Juan Martín Velasco, otro renombrado tratadista de Liturgia, añade que resulta indispensable en la misa el “silencio de adoración”, algo que cada comunidad debe descubrir dónde ubicar, porque *“ninguna celebración habrá llegado a la altura religiosa exigible si, en un momento determinado, los que participamos en ella no llegamos a ‘caer rostro en tierra’, a experimentar la insuficiencia de nuestras palabras, la torpeza de nuestros mejores gestos, la inadecuación de nuestros pensamientos ante la divina majestad, el resplandor de la belleza, la augusta santidad de nuestro Dios”*⁷.

En el silencio, la inteligencia engendra la palabra

San Antonio el Grande, en el siglo IV, hacía notar el valor del silencio como fuente de la palabra: *“Aun cuando calles, piensas. Y si piensas, hablas. Porque en el silencio la inteligencia engendra la palabra. Y la palabra de reconocimiento dirigida a Dios es la salud del hombre”*.

En la ajetreada vida actual se necesitan espacios de calma y silencio. Más aún en la celebración litúrgica, es preciso un clima favorable de encuentro con el misterio que celebramos. *“Tenemos que evitar que la ansiedad propia de la cultura moderna sea parte de nuestra liturgia”*, nos advierten con acierto Gabe Huck y Gerald Chinchar en su obra *“Liturgia con estilo y gracia”* (p. 37).

**Revista Heraldos del Evangelio, N° 28.
Noviembre 2005**

7. Misa Dominical, Juan Martín Velasco, p. 36:

“Hay silencios que nos mueven a la concentración y al recogimiento, como el de antes de comenzar la celebración o cuando somos invitados al Acto Penitencial. Otros silencios nos permiten un clima de meditación en lo que acabamos de escuchar en las lecturas o en la homilía. También hay los que no pretenden sino el descanso y la espera, un ambiente de calma y respiro, como es el momento del Ofertorio. Por fin, el tiempo de recogimiento luego de recibir el Cuerpo de Cristo crea una atmósfera de interiorización y de apropiación, propicia a los actos de agradecimiento y alabanza”.

EL ARTE SACRO

Camino para el encuentro con Dios y sus misterios

Desde su origen, el cristianismo comprendió el valor de las artes y usó sus multiformes lenguajes para comunicar el inmutable mensaje de salvación.

La manifestación de la fe, en la Iglesia y por la Iglesia, no se restringe a una actitud interior. Se refleja también “a través de una serie de expresiones externas, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra”,⁸ enseñaba San Juan Pablo II.

Aunque los actos litúrgicos, en cierto modo, podrían llevarse a cabo con dignidad en cualquier sitio, revistiéndose de ornamentos sencillos y usando paramentos de poco valor artístico, no obstante, “en el desarrollo de la Iglesia, como sociedad católica cultural, el tema artístico es muy digno de tenerse en cuenta, pues en toda manifestación externa del culto debe buscarse siempre la mayor dignidad y el máximo decoro”.⁹

8. SAN JUAN PABLO II. Ecclesia de Eucharistia, nº 49.

9. RIVERA, Juan Francisco. El arte y los objetos sagrados. In: MORCILLO GONZÁLEZ, Casimiro (Org.). Concilio Vaticano II. Comentarios a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. 2ª ed. Madrid: BAC, 1965, t. I, p. 582.

A través de los objetos que se utilizan en el culto se puede fomentar la compenetración ante el misterio que se está viviendo, así como la piedad y la tan deseada participación plena, consciente y activa de los fieles. “*El arte ha de ser un elemento expresivo, digno y funcional en el espacio y en el ambiente de la celebración*”.¹⁰ Por eso es bueno y saludable buscar lo que podríamos llamar una obra de arte, puesto que en la celebración litúrgica “*nada debe ser vulgar, precipitado, improvisado; todo requiere armonía, dignidad, reverencia*”.¹¹

Cabe subrayar, por tanto, la importante acción evangelizadora que la transmisión de la belleza ejerce a través de esos elementos, si las cosas destinadas al culto fueran “*en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales*”.¹²

Constante preocupación de los Papas

San Pío X, en el motu proprio *Tra le sollecitudini*, promovía la restauración de la música sacra, destacando el primordial papel del arte en la liturgia: “La Iglesia ha reconocido y fomentado en todo tiempo los progresos de las artes, admitiendo en el servicio del culto cuanto en el curso de los siglos el genio ha sabido hallar de bueno y bello, salva siempre la ley litúrgica”.¹³

También Pío XI, en la constitución apostólica *Divinis cultus*, afirmaba: “Importa, pues, muchísimo, que cuanto

10. SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA DE ESPAÑA. Ambientación y arte en el lugar de la celebración. In: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA. Celebrar en belleza. Barcelona: CPL, 2006, p. 160.

11. MICÓ BUCHÓN, José Luis. Liturgia Católica. Bogotá: San Pablo, 2004, p. 90.

12. CONCILIO VATICANO II. Sacrosanctum Concilium, n° 122.

13. SAN PÍO X. Tra le sollecitudini, n° 5.

sea ornamento de la sagrada liturgia esté contenido en las fórmulas y en los límites impuestos y deseados por la Iglesia, para que las artes, como es deber esencial suyo, sirvan verdaderamente como nobilísimas siervas al culto divino”¹⁴.

Sublimando la dimensión litúrgica, decía Pío XII en la encíclica *Mediator Dei*: “todo cuanto pertenezca a los edificios sagrados, a los ornamentos y a las cosas del servicio de la liturgia, aparezca limpio y en consonancia con su fin, que es el culto a la divina Majestad”¹⁵. Y en la encíclica *Musicæ sacræ* el mismo pontífice aseguraba que el arte religioso “con sus obras no se propone sino llegar hasta las almas de los fieles para llevarlas a Dios por medio del oído y de la vista”¹⁶.

En su famosa *Carta a los artistas*, San Juan Pablo II mostraba los efectos del clima descristianizado de los últimos siglos, que “ha llevado a veces a una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe, al menos en el sentido de un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos”¹⁷. No eran otros los motivos que llevaron a la constitución *Sacrosanctum Concilium* a advertir con severidad que fueran rechazadas aquellas obras artísticas que “repugnen a la fe”¹⁸.

Un choque de tendencias

En este delicado tema, no fue pequeño el choque entre dos marcadas tendencias durante los trabajos preconciliares.

14. PÍO XI. *Divini cultus*.

15. PÍO XII. *Mediator Dei*, nº 232.

16. PÍO XII. *Musicæ sacræ*, nº 11.

17. SAN JUAN PABLO II. *Carta a los artistas*, nº 10.

18. CONCILIO VATICANO II, op. cit., nº 124.

Unos estaban en contra de lo que podría suponer un mayor gasto en la construcción y ornamentación de las iglesias, en la confección de costosos paramentos sacerdotales o vasos sagrados de celebración, y pensaban, en definitiva, que sería mejor destinar a los pobres esos recursos. “Diferentes padres manifestaron el deseo de que la Iglesia suprimiese todo el lujo innecesario en el culto divino”¹⁹.

°Otros, en sentido opuesto, alegaban que había que disponer de lo mejor para el servicio de Dios, y basaban sus argumentos en la respuesta que el Señor le dio a Judas Iscariote — a quien en realidad no le importaban los pobres, sino el dinero, porque era un ladrón (cf. Jn 12, 6) — en el episodio de la mujer que derramó sobre la divina cabeza un perfume muy caro de nardo puro y en el hecho de que Él no hubiera rechazado tan “lujoso” homenaje. Al contrario, Cristo, que se hizo pobre y pedía la pobreza a los Apóstoles, elogió ese gesto: “Jesús replicó: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Una obra buena ha hecho conmigo. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre” (Mc 14, 6-7). Por consiguiente, ¿no es legítimo — preguntaban los de esta corriente— practicar la virtud de la magnificencia en lo que atañe al culto divino? Esto en nada hiere el espíritu de pobreza.

°Para eludir un enfrentamiento, la propuesta conciliar final, a respecto de la liturgia y el arte sacro, acabó recomendando a los ordinarios que “busquen más una noble belleza que la mera suntuosidad. Esto se ha de aplicar también a las vestiduras y ornamentación sagrada”²⁰.

19. SCHMIDT, Herman. La Constitución sobre la Sagrada Liturgia
Texto, historia, comentario. Barcelona: Herder, 1967, p. 126.

20. CONCILIO VATICANO II, op. cit., nº 124.

No confundir belleza con esplendor fastuoso

Ocurre que en muchas ocasiones se confunde erróneamente belleza con lujo—al tratar de evitar, además de la “mera suntuosidad” o el “esplendor fastuoso”²¹—se termina optando por lo que podríamos considerar no sólo una falta de refinamiento, sino también el mal gusto y la vulgaridad. Es lo que suele verse con frecuencia en el arte sacro contemporáneo, en algunos estilos de arquitectura religiosa y en determinados ambientes católicos.

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, también expresa “la verdad de su relación con Dios Creador mediante la belleza de sus obras artísticas”²². Pero a menudo, so pretexto de simplicidad evangélica o de austeridad, se llega a empobrecer el culto divino quitándole su grandeza, tanto en una arquitectura desprovista de encanto, como en una música alejada de lo sagrado, o en unas imágenes de formas extrañas y artísticamente pobres, o incluso en el uso de los objetos de gusto discutible y hechos de material de calidad inferior al noble sacramento que se celebra.

Desde la Antigüedad el ser humano, movido por la piedad, ha ofrecido en los actos de adoración a Dios los mejores de los utensilios que poseía, como nos lo demuestra el Antiguo Testamento. Con el cristianismo, idéntico sentimiento ya se manifestaba entre los fieles de los primeros siglos, atestiguado, por ejemplo, con la construcción de majestuosos templos. Como sabemos, muchos de ellos fueron palacios de patricios o de ricos propietarios que los habían donado a la Iglesia, algunos

21. INSTRUCCIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO, n° 292.

22. CCE 2501.

de los cuales aún hoy día se conservan. Su suntuosa y admirable decoración interior son una prueba de la devoción y generosidad de los fieles incentivada por la Iglesia naciente.

Tras las huellas de San Francisco de Asís

Cristo no pidió que se practicara la pobreza con relación al culto divino. Desposado místicamente con ella, San Francisco de Asís comprendió muy bien el consejo evangélico y rogaba a sus hijos espirituales, seguidores precisamente de su particular espíritu de pobreza, que honraran todas las cosas referentes al Santísimo Sacramento y a la liturgia.

En cierta ocasión escribió: que “los cálices, los corporales, los ornamentos del altar y todo lo que concierne al sacrificio, deben tenerlos preciosos. Y si el Santísimo Cuerpo del Señor estuviera colocado en algún lugar paupérrimamente, que ellos lo pongan y lo cierren en un lugar precioso según el mandato de la Iglesia, que lo lleven con gran veneración y que lo administren a los otros con discernimiento”²³. Ejemplo concreto de tal mentalidad lo podemos apreciar en el exterior rústico y sobrio de la basílica de Asís que contrasta con su interior lleno de esplendor.

Sin duda, “el ornato realza la belleza de las cosas, así como el barniz destaca la nobleza y la calidad de una madera”²⁴. Y “los atavíos ornamentales, el arte decorativo, son, en este sentido, elementos fundamentales de la vida en este mundo”²⁵.

23. SAN FRANCISCO DE ASÍS. Primera carta a los custodios, nos 3-4. In: Directorio Franciscano: <http://www.franciscanos.org>.

24. CORRÊA DE OLIVEIRA. Plinio. Ornato, elemento fundamental da vida. In: Dr. Plinio. São Paulo. Año XI. N° 128 (Noviembre 2008); p.

25. Ídem, ibídem.

Como nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, “El arte sacro es verdadero y bello cuando corresponde por su forma a su vocación propia: evocar y glorificar, en la fe y la adoración, el misterio trascendente de Dios”²⁶.

Ambientes que favorecen la acción de lo sobrenatural

La celebración litúrgica bella, en sus ornamentos, en el ceremonial, en el canto, en las construcciones, arrebatada las almas hacia lo sobrenatural y las anima a abandonar las vías del pecado y progresar en la virtud.

Por esa razón, en otros tiempos “el arte de los templos era el libro donde aprendían los fieles las verdades de la fe. Fue una cultura de imágenes, que perdura incluso después de que la imprenta nos introdujo en la cultura de la idea y del lenguaje”²⁷. Así como hay melodías capaces de crear un ambiente favorable al recogimiento, a la oración, a la elevación de espíritu, al equilibrio interior, por su efecto apaciguador, es imperioso constatar como los ambientes influyen a fondo al espíritu humano, tanto para el bien como para el mal.

Esto se debe a que “existe una profunda interacción entre el hombre y el espacio que lo rodea. El hombre se refleja en él y, por consiguiente, comunica alguna cosa de sí mismo a los otros”²⁸. Así, generaciones de fieles impregnados de espíritu católico edificaron catedrales románicas y góticas que nos deleitan con su magnificencia arquitectónica, y por la fuerza de presencia simbólica constituyen espacios que ejercen una sagrada influencia

26. CCE 2502.

27. MICÓ BUCHÓN, op. cit., p. 91.

28. SIRBONI, Silvano. El lenguaje simbólico de la Liturgia. Los signos que manifiestan la fe. Bogotá: San Pablo, 2006, p. 141.

sobre la gente. Porque “el espacio litúrgico y su adorno tiene una grandísima importancia en vista de una evangelización correcta, nueva y adecuada”²⁹.

El arte sacro debe estar al servicio de la liturgia

Como indicaba Pablo VI, “el arte es un medio de incomparable eficacia para la evangelización”³⁰. Aunque la Iglesia no ha considerado como propio ningún estilo, incentiva a los ordinarios que promuevan y favorezcan “un arte auténticamente sacro”³¹, y que excluyan “aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte”³².

Por consiguiente, el arte sacro debe estar al servicio de la religión y, si hay medios económicos, no se tiene que evitar lo artísticamente bello porque sea más costoso y optar por lo feo si da menos gastos... Por cierto, un argumento bastante discutible. Repugnar a la fe, las costumbres y la piedad; depravación de las formas, insuficiencia, mediocridad o falsedad del arte... cuántos calificativos para identificar el estilo de arte que la Sacrosanctum Concilium consideraba contrario a la belleza.

No se puede negar que en determinados aspectos como el de la funcionalidad ha habido avances tecnológicos en las construcciones modernas. Sin embargo, hemos de considerar “la incidencia negativa que sin duda produce en el campo de la creación artística religiosa y de la destinada a

29. Ídem, p. 146.

30. BEATO PABLO VI. Discorso in occasione della mostra d'arte moderna sul volto di Cristo, 22/10/1974.

31. CONCILIO VATICANO II, op. cit., n° 124.

32. Ídem, ibídem.

la liturgia, el clima sociocultural envolvente, caracterizado por el pensamiento débil, el vacío espiritual, la pérdida de valores morales y la secularización”³³.

Esa producción artística, en general, —y en el terreno de lo sagrado especialmente— llevada a cabo por especialistas influenciados por el mundo paganizado ha dado lugar a expresiones que no reflejan el arte sacro, llegando a ofender, en no pocos casos, el “sentido auténticamente religioso”.

El mundo tiene necesidad de la belleza

Todo esto resalta el motivo por el cual Pablo VI incentivaba a los artistas a seguir el camino del *pulchrum*:

“Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración”³⁴.

En ese sentido, la conocida Carta a los artistas de San Juan Pablo II, de 1999, es un punto de referencia en el tema de la relación fe-arte-belleza. En ella el pontífice muestra cómo la Iglesia tiene necesidad del arte —pero de un arte bello— para la transmisión del Evangelio, porque “el arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno u otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas o sonidos que ayudan a la intuición de quien contempla o

33. LÓPEZ, Julián. La liturgia y el arte en el Magisterio de la Iglesia. In: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA, op. cit., p. 56.

34. BEATO PABLO VI. Concilium Œcumenicum Vaticanum II Sollemni Ritu Concluditur. Message aux artistes, 8/12/1965.

escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y de su halo de misterio”³⁵.

El llamamiento que insistentemente viene siendo hecho a los artistas desde el final del Concilio Vaticano II, parece que no ha calado. La crisis del mundo moderno ha llevado al ser humano a perder la noción de los misterios de nuestra fe y es como si lo espiritual se hubiera diluido.

Ante los más admirables monumentos legados por la civilización cristiana, muchos no reaccionan como debieran, no se dejan arrastrar por “aquel océano infinito de belleza, en el que el asombro se convierte en admiración, embriaguez, gozo indecible”³⁶. Es el efecto del adormecimiento producido en las almas por la secularización de la vida moderna.

El arte y la belleza tienen el cometido de despertar a la humanidad de su letargo y llevarla a redescubrir la profundidad de esa dimensión espiritual y religiosa, porque “la alianza establecida desde siempre entre el Evangelio y el arte” implica, para los artistas, una invitación a “adentrarse con intuición creativa en el misterio del Dios encarnado y, al mismo tiempo, en el misterio del hombre”³⁷.

Una “*via pulchritudinis*”

Así como Dios se manifiesta en la hermosura de la Creación — “el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 18, 2) —, también las obras del hombre honesto reflejan el encanto de la virtud. Por lo tanto, existe una relación

35. SAN JUAN PABLO II. Carta a los artistas, nº 12.

36. Ídem, nº 16.

37. Ídem, nº 14.

entre la belleza material y la moral. Dicha relación íntima es el fundamento de una *via pulchritudinis*, es decir, es necesario usar la belleza en sus más variadas formas como medio de evangelización, para llevar a las almas a Dios, que es la Belleza en esencia. Porque todo lo que de bello existe, refleja en cierto sentido ese atributo divino. Amar la belleza, encantarse con ella, es un medio de crecer en el amor a Dios.

Como bien les decía Benedicto XVI a los artistas, en el encuentro realizado en la Capilla Sixtina, en noviembre de 2009, “el arte, en todas sus expresiones, cuando se confronta con los grandes interrogantes de la existencia, con los temas fundamentales de los que deriva el sentido de la vida, puede asumir un valor religioso y transformarse en un camino de profunda reflexión interior y de espiritualidad”³⁸. El arte sacro auténtico, bello y verdadero, es un instrumento que “lleva al hombre a la adoración, a la oración y al amor de Dios Creador y Salvador, Santo y Santificador”³⁹.

En esa *via pulchritudinis*, una vez más se une al arte sacro —y formando parte de éste— la liturgia, con su belleza y su inigualable función evangelizadora, puesto que ella necesita expresarse a través de un lenguaje y también de signos. No quiere decir que el arte sea imprescindible a la liturgia, pero le es muy conveniente, ya que “el arte no es una cubierta de la liturgia, un valor añadido, sino que es parte esencial de su lenguaje. Por eso se podría calificar, al arte religioso, como ‘lugar teológico’, es decir, camino para el encuentro con Dios y sus misterios”⁴⁰.

Revista Heraldos del Evangelio, n° 143
Junio 2015

38. BENEDICTO XVI. Discurso con ocasión del encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina, 21/11/2009.

39. CCE 2502.

40. MICÓ BUCHÓN, op. cit., p. 93.

SAN JUAN BAUTISTA

El Heraldo del Mesías

No hizo milagros, pero por su predicación y por el ejemplo de su vida atraía hacia la conversión. Desde su nacimiento hasta después de su muerte, fue un verdadero Heraldo del Mesías.

Mucho nos hablan los Evangelios de la persona ascética del Bautista, con sus vestidos evocativos de los antiguos profetas de Israel y su austeridad de vida. Los judíos llegaron a pensar que estaban ante el Mesías esperado. Sin embargo, la historia de ese varón tan singular, cuya predicación marca el final del Antiguo Testamento y da comienzo al Nuevo, es desconocida por muchos. Hablemos un poco sobre ella.

Nacimiento anunciado por un ángel

No temas, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan", dijo el celestial mensajero. Y añadió: "será grande a los ojos del Señor" e "irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías" (Lc 1, 13.15.17). Sin embargo, por haber dudado en ese instante de la promesa se quedó mudo.

San Lucas narra a continuación la Anunciación del ángel a la Virgen María y su visita a Isabel, poniendo en contacto a la Madre del Mesías con la madre del Precursor. Al oír el saludo de María, Isabel sintió que la criatura "saltaba de alegría" en su vientre (cf. Lc 1, 26-45). El Precursor había reconocido al Mesías e inmediatamente comenzó a ejercer su función de heraldo. Al nacimiento le seguía la circuncisión, el rito de admisión del hijo varón en el pueblo de Dios. A ella se asociaba la imposición del nombre, la cual era como una inscripción del recién nacido en el catálogo de los hijos de Israel. Sus parientes y vecinos querían darle al Bautista el nombre de su padre, Zacarías, pero Isabel intervino sin vacilar: "¡No! Se va a llamar Juan". Le replicaron que en su familia nadie se llamaba así. Al ser consultado, Zacarías escribió en una tablilla: "Juan es su nombre". Enseguida recuperó el habla que había perdido al dudar de la palabra del ángel (cf. Lc 1, 58-63).

Siempre generoso con sus servidores, Dios no sólo lo curó de su mudez, sino que también lo llenó del Espíritu Santo y lo elevó a las alturas del profetismo, poniendo en sus labios el bellísimo cántico del Benedictus: "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo" (Lc 1, 68-69). Finalmente, fijando los ojos en su hijo, profetizó trémulo de emoción: "Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos" (Lc 1, 76).

El primero en dar testimonio de Jesús

De los primeros años de vida del "profeta del Altísimo" conocemos sólo estas breves palabras del Evangelio: "El niño crecía y se fortalecía en el espíritu, y vivía en lugares desiertos hasta los días de su manifestación a Israel" (Lc 1, 80). Tan pronto como el cuidado materno dejó de serle necesario, se apartó de la convivencia humana,

recogiéndose en la soledad del desierto. Según San Mateo, vivió oculto a los ojos del mundo en el desierto de Judea, la zona más árida del país. Probablemente, allí llevaría a cabo su noviciado.

En las sinagogas los rabinos garantizaban al pueblo que el Mesías no tardaría en aparecer. Citaban la célebre profecía de Daniel: "Setenta semanas están decretadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa; para poner fin al delito, cancelar el pecado y expiar el crimen, para traer una justicia eterna, para que se cumpla la visión y la profecía, y para ungir el santo de los santos" (9, 24).

A esas alturas de los acontecimientos, Juan se puso a bautizar en el río Jordán. Simbólica elección del lugar, pues por aquellas regiones había entrado el pueblo de Dios en la Tierra Prometida. El sitio era, además, adecuado para el bautismo de inmersión, rito nuevo, figurativo de la conversión a la que exhortaba.

Nadie conocía su origen. Únicamente algunos viejos pastores de las montañas contaban que había desaparecido de su casa un niño concedido milagrosamente al sacerdote Zacarías. Poco después de que Juan apareciera en público se presentó Jesús.

La vida pública del Redentor empieza con la misión del Precursor. Dicha misión era esencial. Sobre él estaba escrito: "Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí" (Ml 3, 1). Juan hablaba de Cristo como aquel que "viene detrás de mí" (Mt 3, 11; Mc 1, 7; Jn 1, 15). Como eslabón entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, es el primero en dar testimonio de Jesús. No sólo anuncia al Mesías, sino que lo señala.

"Convertíos" era su consigna

San Mateo inicia de forma solemne el relato de la vida pública del Precursor: "Por aquellos días, Juan el Bautista se presenta en el desierto de Judea, predicando" (3, 1). Toda la región hablaba sobre él. Cuatrocientos años sin profeta despertaron en el pueblo hambre de profecías.

San Lucas, "con una solemnidad literaria cronológica especial"⁴¹, trata de precisar el tiempo y el espacio en que Juan irrumpe como el Precursor. Y revela estar bien documentado: "En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio..." (3, 1).

San Juan Evangelista se muestra respetuoso con aquel que fue su maestro y a él se refiere con mayor reverencia: "Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él" (1, 6-7).

La aparición del Bautista era tan importante que San Lucas lo presenta así: "vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto" (3, 2).

Se generalizó de tal manera la afluencia de judíos a su alrededor que Marcos y Mateo no dudan en afirmar que acudía a él: "toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán" (Mt 3, 5); "toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén" (Mc 1, 5).

No sabemos qué hizo el hijo de Zacarías para hacerse tan conocido.

Los Evangelios no mencionan que hubiera realizado ni siquiera un milagro. A este heraldo destacado para "enderezar los caminos" le bastaba la fuerza de sus

palabras y el ejemplo de su vida. Pero sabemos lo que nos cuenta San Lucas: "Voz del que grita en el desierto: reparad el camino del Señor, allanad sus senderos" (3, 4); "éste es de quien está escrito: 'Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti' " (7, 27). Y el mismo Redentor dirá: "entre los nacidos de mujer no hay nadie mayor que Juan" (Lc 7, 28).

Juan siguió el sentido contrario de los predicadores de tipo mesiánico que lo precedieron. Toda su enseñanza se centraba en una exhortación: "Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos" (Mt 3, 2). Ésa era su consigna.

Enseñaba con el ejemplo lo que predicaba con la voz

De su solitaria vida sólo se sabe lo austera que era: "Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre" (Mt 3, 4). Produjo una inmensa conmoción y un estremecimiento en Israel: ";Surgió un profeta!".

Podemos imaginarlo alto y delgado, pero fuerte, de mirada ardiente y cargado de misticismo; firme y decidido, lleno de bondad, tono de voz viril y melodioso. Tenía que dar fama al Señor y después desaparecer. Los fariseos debían de odiarlo bastante.

No probó ni vino ni sidra, o cualquier otra bebida delicada. Su alimento normal estaba en consonancia con su mísera indumentaria: saltamontes y miel silvestre, es decir, recogida de los troncos de árboles o entre las grietas de las rocas. Al modo de los nazarenos, ostentaba larga y majestuosa barba, jamás tocada por una navaja, y su cabello caía sobre los hombros, acentuando el austero aspecto de su rostro. Se distinguía por su santidad de vida. Todos se quedaban impresionados por el rigor de su penitencia, integridad de sus costumbres y fuerza de sus

palabras. Enseñaba con el ejemplo lo que predicaba con la voz.

"Se presentó Juan en el desierto bautizando y predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Mc 1, 4). Lo primero que exigía de sus oyentes era el arrepentimiento. Una metanoia, o sea, un cambio completo de mentalidad y de alma, una transformación espiritual un rechazo al pecado en lo más profundo del propio ser. No se contentaba con meras señales exteriores de arrepentimiento, exhortaba a una conversión sincera.

A las predicaciones añadía el bautismo, para significar la necesidad de limpiar las manchas del alma. No era, pues, únicamente un heraldo, sino aquel que bautizaba.

El bautismo de Juan no perdonaba los pecados, como el sacramento del Bautismo borra la mancha del pecado original y el de la Penitencia perdona los pecados personales. Sólo era un símbolo exterior que representaba el cambio de vida y la limpieza de corazón a las que exhortaba.

Supo elegir entre sus oyentes a cierto número de discípulos, algunos de los cuales se convirtieron en apóstoles de Jesús: Andrés, Pedro, Santiago y Juan. No perdía la oportunidad de dar testimonio del "Cordero de Dios". La predicación del gran profeta fue efficacísima.

"Yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios"

Llegaba la hora de darse ante el pueblo judío la conjunción entre el Precursor y el Mesías. Juan no lo conocía más que por las comunicaciones del Espíritu Santo, sus ojos nunca lo habían visto. Anhelaba el feliz momento de poder contemplar el rostro del Salvador, oír su voz y besar sus sagrados pies.

Tal vez unos seis meses después del comienzo de la predicación de Juan, Jesús se habría unido a alguna caravana que iba hacia el Jordán en busca del profeta. De incógnito, como cualquier israelita, pasaba por uno más entre miles. Por su modo de hablar se notaba que era galileo. Poco nos relatan los Evangelios sobre ese encuentro. Conversando un día con sus discípulos al respecto, el Bautista afirmó: "Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: 'Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posar se sobre Él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo'" (Jn 1, 33).

Mientras preparaba a un grupo de penitentes para que recibieran el bautismo, fijó de repente la mirada sobre un varón cuyo aspecto le hizo estremecer, como años antes se había conmovido en el seno materno por la presencia del Salvador. Un instintivo movimiento lo empujaba hacia Él.

Sin embargo, cuando iba a arrojarse a sus pies, Jesús lo detiene y le pide el bautismo. "Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?" (Mt 3, 14), exclamó admirado Juan. Jesús respondió con las primeras palabras de su vida pública, registradas por los evangelistas: "Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia" (Mt 3, 15). La justicia exigía que Cristo, habiendo asumido sobre sí las iniquidades del mundo entero, fuera tratado como un pecador. Juan lo comprendió y no se opuso a la voluntad del Maestro.

Apenas se bautizó y salió del agua "se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre Él" (Mt 3, 16). Al mismo tiempo, se escuchó la voz del Padre celestial que decía estas memorables palabras: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mt 3, 17).

Ahora el Bautista podía dar -como heraldo que era- nuevo testimonio de Jesús: "yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (Jn 1, 34).

El heraldo del Mesías refuta los errores del pueblo

Tal era la emoción de las multitudes ante la austera vida de Juan -digna de los antiguos siervos de Dios-, la elevación de su doctrina y el ardor de su celo que los judíos llegaron a preguntarse si no estaban ya en presencia del Mesías. A ello contribuía el hecho de que ya se habían completado las setenta semanas anunciadas por Daniel.

Juan no podía consentir ni un instante siquiera que existiera una ambigüedad en materia tan fundamental. Como profeta, cumplirá con toda fidelidad su misión de señalar al verdadero Mesías; como santo, su humildad no tolerará equivocación alguna; como apóstol, aprovechará ese momento apropiado para eliminar toda duda al respecto.

"Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia" (Jn 1, 26-27). Como auténtico heraldo, refuta con toda claridad estos errores. Muchos de sus discípulos se rindieron a la autoridad de su testimonio, mientras que otros se obstinaron en el error y se pusieron a decir públicamente que él era el Mesías esperado.

Para obligar al Bautista a que revelara sus intenciones, los judíos de Jerusalén enviaron a sacerdotes y levitas para interrogarle, entre los cuales había algunos fariseos. No contaban con el espíritu de verdad que lo animaba (cf. Jn 1, 19-27; Mc 1, 8).

-¿Tú quién eres? -le preguntaron.
-Yo no soy el Mesías -respondió sin vacilar.
A pesar de desconcertados con esta confesión, insistieron los inquisidores:
-¿Eres tú Elías? ¿Eres tú el Profeta?
Del corazón del Bautista brotó tan sólo la verdad pura y simple:
-No lo soy.
-Dinos al menos quién eres para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? -indagaron los fariseos, pensando que en esta ocasión lo atraparían en sus redes.
-Yo soy la voz que grita en el desierto: Allana el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías -les replicó Juan.
Volvieron a la carga los embajadores:
-Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?
Juan contestó:
-Yo bautizo con agua, pero Él os bautizará con Espíritu Santo

El Bautista no cesaba de proclamar su testimonio: "En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí". Y la embajada del Gran Consejo no hizo otra cosa sino aumentar su prestigio.

La autenticidad del heraldo: sus testimonios

Sus discípulos fueron los primeros en recibir su bautismo y entregarse a él de todo corazón. Juan los instruía en los caminos de la vida sobrenatural que él mismo seguía.

Los Evangelios sinópticos no relatan otro testimonio de Juan sobre Jesús, a no ser el de su bautismo. El cuarto Evangelio, por el contrario, nos refiere varios.

Al día siguiente al del episodio antes narrado, se encontraba Juan con dos discípulos, fijó su mirada en Jesús que pasaba, y señaló con énfasis al Salvador de Israel: "Éste es el Cordero de Dios" (Jn 1, 29). El Cordero que se sacrifica, dando su vida para quitar el pecado del mundo. Para que no quedara ninguna duda en el espíritu de sus discípulos, Juan insistía: "Vosotros mismos sois testigos de que yo dije: Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado delante de Él. [...] Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar" (Jn 3, 28.30).

Ese varón llamado a ser profeta del Altísimo causó impacto incluso después de muerto, atemorizando al poderoso tetrarca Herodes, quien al oír hablar de los portentosos milagros de Jesús pensó asustado: "Ése es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso las fuerzas milagrosas actúan en él" (Mt 14, 2).

Desde su milagroso nacimiento hasta después de su muerte, fue un verdadero heraldo del Mesías.

Revista Heraldos del Evangelio n° 150
Enero de 2016

LA LITURGIA DE LA IGLESIA

Una Catequesis en Acción

En la liturgia de la Iglesia se hace realidad la antigua máxima: “La ley de la oración determine la ley de la fe”. Por lo tanto, lo que se reza en la liturgia es lo que se debe creer, y esta fe influencia la manera de actuar de cada uno.

Es bastante común en nuestros días promover charlas, cursos, círculos de estudio, catequesis de adultos y otros eventos destinados a la formación permanente de los fieles. Sin embargo, si comparamos el número de los que en ellos participan con la generalidad de los bautizados, veremos que es muy reducido.

¿Cómo recordarle, pues, las verdades de la fe al pueblo cristiano en su conjunto? ¿Hay algún medio para hacer que todos profundicen en los dogmas de la Iglesia?

El papel educador de la liturgia

La respuesta a esta pregunta está en el papel educador de la liturgia que, además de ser el lugar privilegiado para el encuentro del hombre con Dios, tiene un papel fundamental en la formación religiosa de la comunidad

cristiana como tal, especialmente por su participación en la Misa dominical y en la liturgia bautismal, funeraria o matrimonial⁴².

La liturgia, de hecho, “es, o implica, un cierto modo de proponer la fe a la adhesión de los fieles, y es, o implica, una cierta expresión de esta misma fe del magisterio y del pueblo”⁴³. Por eso, como veremos más adelante, era considerada por el Papa Pío XI como una manifestación del magisterio ordinario de la Iglesia, complementario al ejercido por medio de encíclicas, exhortaciones, catequesis, etc.

La liturgia no es un libro, una compilación del dogma o un curso catequético, sino la acción de toda la Iglesia por medio de signos sensibles y eficaces de la santificación y del culto. Toda acción litúrgica es algo más amplio y elevado que el simple ejercicio didascálico del magisterio de la Iglesia⁴⁴.

No obstante, posee un gran valor educativo para el pueblo cristiano, porque “contiene, más o menos explicitados, los grandes temas de la fe cristiana”⁴⁵. Es como “una catequesis permanente que traduce sin cesar para todos el sentido católico de las cosas”⁴⁶.

42. Cf. ABAD IBÁÑEZ, José Antonio; GARRIDO BONAÑO, OSB, Manuel. *Iniciación a la Liturgia de la Iglesia*. 2ª ed. Madrid: Palabra, 1997, p. 39.

43. VAGAGGINI, OSB, Cipriano. *El sentido teológico de la Liturgia*. Madrid: BAC, 1959, p. 465.

44. Cf. Ídem, p. 468.

45. ABAD IBÁÑEZ; GARRIDO BONAÑO, op. cit., p. 39.

46. MORALES, José. *Introducción a la teología*. 3ª ed. Pamplona: EUNSA, 2008, p. 161.

Como muy bien lo destacó el Concilio Vaticano II, “en la liturgia, Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio”⁴⁷. Y siglos antes, ya enseñaba el Concilio de Trento que ella “contiene una gran instrucción para el pueblo fiel”⁴⁸.

En cuanto medio de enseñanza, es eficiente y universal, puesto que el lenguaje litúrgico “no sólo se dirige a la inteligencia, sino también a la voluntad, a la afectividad y a la intuición”⁴⁹. Cualquier persona, de cualquier nivel cultural o social, puede captar fácilmente lo sagrado y el misterio; es una catequesis de gran eficacia didáctica. Las verdades de la fe y la invitación a una vida cristiana “no se transmite sólo con palabras, sino también con signos sacramentales y el conjunto de ritos litúrgicos”⁵⁰.

Con respecto a lo que podríamos denominar acción litúrgica, escribió Pío XI: “Para instruir al pueblo en las cosas de la fe y atraerle por medio de ellas a los íntimos goces del espíritu, mucho más eficacia tienen las fiestas anuales de los sagrados misterios que cualesquiera enseñanzas, por autorizadas que sean, del eclesiástico magisterio”⁵¹.

Enseñanzas de los Papas recientes

En una audiencia particular a Dom Bernard Capelle, uno de los pioneros del movimiento litúrgico, Pío XII le dijo que “la liturgia es el órgano más importante del magisterio ordinario de la Iglesia. [...] Ahora bien, la liturgia no es la didascalía de tal o cual individuo, sino la didascalía de la Iglesia”⁵².

47. CONCILIO VATICANO II. Sacrosanctum Concilium, n° 33.

48. CONCILIO DE TRENTO. Sesión XXII. Sobre el Sacrificio de la Misa, c.8.

49. ABAD IBÁÑEZ; GARRIDO BONAÑO, op. cit., p. 41.

50. SAN JUAN PABLO II. Pastores gregis, n° 35.

51. PIO XI. Quas primas, n° 20.

52. BUGNINI, A. (Ed.). Documenta pontificia ad instaurationem liturgicam spectantia. Roma: Edizioni Liturgiche, 2000, p. 406.

El Papa emérito Benedicto XVI recordaba que “Dios es el gran educador de su pueblo, la guía amorosa, sabia, incansable, en y a través de la liturgia, acción de Dios en el hoy de la Iglesia”⁵³.

Consideremos la situación actual de los fieles, bombardeados por todo tipo de informaciones y mensajes a través de los medios de comunicación. Sin la participación en la Misa dominical y otros actos litúrgicos difícilmente podrán estar preparados para enfrentar el secularismo que los rodea. Existe, pues, una íntima relación entre la formación y la práctica de la fe, con la participación activa y plena en las celebraciones litúrgicas.

Conviene insistir que la liturgia no es un catecismo ni un manual cuya finalidad específica es la de instruir. Ante todo trata de “hacer rogar hic et nunc al pueblo cristiano, en comunidad, en acto cultural, y no simplemente de instruirlo”⁵⁴. Sin embargo, no es difícil argumentar a favor del carácter didascálico de la liturgia⁵⁵. Les decía el Beato Pablo VI a los miembros del Consejo para la aplicación de la Constitución sobre la sagrada liturgia: “Debéis prestar especial atención para que el culto litúrgico de hecho sea como una escuela para el pueblo cristiano”⁵⁶, destacando que tenía que ser escuela de piedad, de verdad y de caridad cristiana.

53. BENEDICTO XVI. Mensaje a los participantes de la LXII Semana Litúrgica Nacional Italiana, 10/8/2011.

54. VAGAGGINI, op. cit., p. 471.

55. Didascalia es un término que tiene su origen en la Grecia antigua. Designa el conjunto de instrucciones que el dramaturgo daba a los actores que representarían las obras compuestas por él. Ha sido muy usado por liturgistas contemporáneos para designar los aspectos didascálicos, o pedagógicos, de la liturgia.

56. BEATO PABLO VI. Discurso a los miembros del Consejo para la aplicación de la Constitución sobre la sagrada liturgia, 29/10/1964.

Riqueza doctrinal de los textos litúrgicos

En la liturgia, Dios y su pueblo, por Cristo en el Espíritu, hacen un intercambio de bienes en un clima de íntima comunión. Todo está siempre directamente orientado en función de la oración, incluso las lecturas y homilías, que serían la parte más didáctica de la Santa Misa. Los diversos textos litúrgicos se engloban en un género literario propio, en una bella combinación de lecturas con cantos, himnos, salmos, antífonas, Prefacio y Oración Eucarística, con el objetivo de interiorizar al hombre en un ambiente de oración y de entrega a Dios.

No obstante, los que consideran la Liturgia de la Palabra —con sus lecturas y salmo responsorial—, la proclamación del Credo, los sacramentos, la Liturgia de las Horas y todo el recorrido del Año litúrgico con sus memorias, fiestas y solemnidades, comprenden con facilidad que “los contenidos de la liturgia son de tal calidad y cantidad que puede llamarse el ‘catecismo mayor’ de los fieles. No podía ser de otra manera, puesto que una y única es la fe que se profesa y se celebra”⁵⁷.

Es lo que afirman dos especialistas que han escrito en épocas diferentes sobre este tema, pero que tienen una especial unidad de pensamiento: Cipriano Vagaggini (1909-1999) y José Antonio Abad Ibáñez (nacido en 1936). Ambos realzan lo que denominan fuerza didáctica, o didascálica, de la liturgia⁵⁸.

57. ABAD IBÁÑEZ, José Antonio. *Lex orandi, lex credendi: La liturgia expresión y norma de fe*. In: CANALS CASAS, Juan María; TOMÁS CÁNOVAS, Ignacio (Org.). *La liturgia en los inicios del tercer milenio*. Baracaldo: Grafite, 2004, p. 294.

58. Cf. ABAD IBÁÑEZ; GARRIDO BONAÑO, op. cit., pp. 39-42; VAGAGGINI, op. cit., pp. 468-471.

El estilo de esos textos no es propiamente didáctico o pedagógico, pues lo que predomina en la acción litúrgica son modos, expresiones, que buscan un estrecho vínculo entre los sentimientos y la voluntad, con el objetivo de fomentar estados de espíritu de apertura para lo que la liturgia nos va transmitiendo.

Observamos, empero, que existe un gran contenido pedagógico en esa conexión, en ese diálogo entre Dios y el hombre, en la Palabra, en las oraciones presidenciales que vemos en la liturgia, en la cual Dios habla a su pueblo. “Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración”⁵⁹.

En ellas encontramos también un carácter didáctico dentro de su naturaleza cultual, por el hecho de ser oraciones que “toda la asamblea dirige a Dios por medio del ministro que la preside en su nombre.”⁶⁰ Nos referimos, claro está, a los momentos en los que se hace uso de los textos oficiales.

Por su parte, al explicar la enorme eficacia didáctica de la liturgia, “un incomparable medio de enseñanza, aunque sea indirecto”⁶¹, observa Vagaggini que más que enseñar, hace vivir la doctrina. La liturgia es un medio de comunicación “más vitalmente eficaz, más continuo, más intuitivo y penetrante, más popular y universal”⁶².

Porque, como bien lo decía Pío XI en la encíclica *Quas primas*, los documentos del magisterio eclesiástico, incluso los más solemnes, alcanzan a pocas personas, las más eruditas; a través de las solemnidades, por el

59. CONCILIO VATICANO II. Sacrosanctum Concilium, n° 33.

60. ABAD IBÁÑEZ, op. cit., p. 299.

61. VAGAGGINI, op. cit., p. 473.

62. Ídem, p. 474.

contrario, se instruyen a todos los fieles. Los documentos lo hacen una sola vez. Las ceremonias anuales se dirigen perpetuamente, cada año, a todos los hombres. Siendo así, se puede afirmar de nuevo que “lo didascálico en la liturgia radica, sobre todo, en ser celebración *in actu*”⁶³.

La eficacia didáctica de la liturgia consiste exactamente en hacer que la doctrina o la enseñanza se conviertan, en las celebraciones, en un acto vivido y participado por todos.

“*Lex orandi, lex credendi*”

Muchos años después, San Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Pastores gregis*, al hablar del obispo en cuanto “moderador de la liturgia como pedagogía de la fe”, transmitía su experiencia personal: “En el ejercicio de mi ministerio, yo mismo he querido dar una prioridad a las celebraciones litúrgicas, tanto en Roma como durante mis viajes apostólicos en los diferentes continentes y naciones. Haciendo brillar la belleza y la dignidad de la liturgia cristiana en todas sus expresiones he tratado promover el auténtico sentido de la santificación del nombre de Dios, con el fin de educar el sentimiento religioso de los fieles y abrirlo a la trascendencia”⁶⁴.

Como vemos, estaríamos equivocados si considerásemos que la liturgia no tiene relación alguna con las verdades de la fe. El antiguo adagio de Próspero de Aquitania, “*lex orandi, lex credendi*”⁶⁵, nos indica lo contrario, puesto que “la oración de la Iglesia está acreditada teológicamente en la medida en que se

63. ABAD IBÁÑEZ, op. cit., p. 299.

64. SAN JUAN PABLO II. *Pastores gregis*, n° 35.

65. Cf. CCE 1124.

basa en la revelación bíblica, tal y como la entiende la Iglesia universal”⁶⁶. Con el paso de los siglos se amplió su significado, al considerar que “la liturgia es expresión del dogma católico”⁶⁷. Esto lo podemos encontrar en numerosos documentos⁶⁸.

En casi todos ellos se considera a la liturgia como *locus theologicus*, lugar teológico. De este modo, cuando se discutía una verdad controvertida o puesta en duda, la Iglesia y los Santos Padres “nunca han dejado de pedir luz a los ritos venerables transmitidos por la antigüedad. Así se obtiene también el conocido y venerado adagio: ‘La ley de la oración determine la ley de la fe’”⁶⁹.

Por lo tanto, lo que se reza en la liturgia es lo que se debe creer, y esta fe influencia la manera de actuar de cada uno.

Una fuerza didascálica bastante especial

Es prudente concluir nuestras consideraciones con estas palabras de Abad Ibáñez: “De todos modos, hay que ser muy cautos en el recurso y en la metodología, para no convertir la liturgia en lo que ella intencionadamente no quiere ser: una suma teológica. La liturgia tiene un lenguaje

66. ABAD IBÁÑEZ, op. cit., p. 303.

67. Ídem, ibídem.

68. Cf. Ídem, pp. 303-304. El autor cita los siguientes documentos: la bula *Immensa æterni Dei* del Papa Sixto V, de 1587; la bula *Ineffabilis Deus* del Beato Pío IX, de 1854; la encíclica *Quas primas* de Pío XI, de 1925; la Constitución Apostólica *Divini cultus* de Pío XI, de 1928; la encíclica *Mediator Dei* de Pío XII, de 1947; la Carta Apostólica *Vicesimus quintus annus* de San Juan Pablo II, de 1988; al Beato Pablo VI en el *Proemium* añadido a la *Institutio Generalis del Misal Romano* y en otras ocasiones.

69. PÍO XII. *Mediator Dei*, n° 64.

y un método que no es el de la teología, por más que lo que ella celebra siempre es el misterio de la fe cristiana”⁷⁰.

Luego se puede afirmar que la liturgia tiene eficacia didáctico-psicológica: es una catequesis en acción⁷¹. Por consiguiente, tiene una fuerza didascálica bastante especial: “la liturgia es, al igual que la teología, *explicatio fidei*, pero con aditivo muy poderoso: es *proclamatio fidei*”⁷², una teología no meramente explicada, sino proclamada. Todo ello considerando que su puesta en acción sea principalmente cultural.

Aunque la finalidad primordial de la liturgia es el culto a Dios, es pedagogía para los fieles, porque en ella “el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios”⁷³. Es pedagogía en todos sus elementos, lecturas, cantos y oraciones. Su valor pedagógico esté en el mensaje que transmite: “El aspecto pastoral y didáctico de la liturgia entraña una realidad o una consecuencia que hay que colocar en primerísimo plano: el diálogo que se establece entre Dios y su pueblo. Dios enseña, habla, y el pueblo responde con la plegaria y el canto”⁷⁴.

Esa realidad la encontramos bellamente descrita en la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*, sobre

70. ABAD IBÁÑEZ, op. cit., pp. 304-305.

71. Cf. GARRIDO, OSB, Manuel. La reforma de la Liturgia y los fines del Concilio. In: MORCILLO GONZÁLEZ, Casimiro. Concilio Vaticano II. Comentarios a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. 2ª ed. Madrid: BAC, 1965, t. I, p. 116.

72. IVORRA, Adolfo. Compendio de Liturgia fundamental. Lex credendi-Lex orandi. Valencia: Edicep, 2007, p. 135.

73. CCE 1091.

74. GRACIA, Juan Antonio. Normas derivadas del carácter didáctico y pastoral de la Liturgia. In: MORCILLO GONZÁLEZ, op. cit., p. 295.

la sagrada liturgia. Para realizar la obra de la salvación mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno de los cuales gira toda la vida litúrgica, “Cristo está siempre presente en su Iglesia”: presente en la persona del ministro, en el sacrificio de la Misa; bajo las especies eucarísticas, en el sacramento; en su Palabra, cuando la Iglesia suplica y canta los salmos. En definitiva, toda celebración litúrgica “es acción sagrada por excelencia”⁷⁵.

Revista Heraldos del Evangelio, n° 152
Marzo 2016

75. CONCILIO VATICANO II. Sacrosanctum Concilium, n° 7.

LA BELLEZA EN EL CANTO LITÚRGICO, elemento eficaz de evangelización

La Iglesia ha manifestado, repetidas veces, su preferencia por la celebración con canto, porque: “nuestro Dios merece una alabanza armoniosa”.

"Cantamos un himno al Señor con todo el ejército celestial" (SC, 8) cuando, al celebrar la liturgia terrena, preparamos de la liturgia celestial. Liturgia y música, no cabe hablar de ambas sin considerarlas unidas, "estuvieron hermanadas desde el principio. Cuando el ser humano alaba a Dios, no basta la mera palabra"⁷⁶.

El tema de la música y el canto litúrgico es muy amplio, con múltiples aplicaciones a la pastoral, mana de la propia naturaleza de la Santa Iglesia. Hay melodías capaces de crear un ambiente favorable al recogimiento, a la oración, que elevan el espíritu dando equilibrio interior o templanza, por su efecto apaciguador. Otras, por su ritmo frenético, impiden el recogimiento interior, excitan los apetitos sensibles, impelen a la disipación.

76. RATZINGER, Joseph. Un canto nuevo para el Señor, p. 131. Salamanca: Sígueme, 2005.

Tras los cambios culturales en que nos encontramos sumergidos hay momentos en que la música juega un papel sobresaliente. La clasificada como “clásica” va desapareciendo, siendo apenas escuchada por una minoría de especialistas. El surgimiento de las músicas de masas como el rock – *“expresión de una pasión rudimentaria”*⁷⁷ –, que inducen al desenfreno de la sensibilidad, hacen difícil oír la voz de Dios en medio de esa agitación que va penetrando como una radioactividad.

Frente a estas circunstancias, el canto gregoriano, *“la música de la embriaguez del Espíritu Santo parece tener pocas oportunidades”*⁷⁸.

El ruido invade todos los campos de la cotidianidad de los hombres. El apasionamiento por la productividad, el ganar dinero, la velocidad, la mecanización, los modernos medios de comunicación; todo parece conspirar contra el silencio y el recogimiento, tan indispensables para preparar el “oído” del corazón para la música. *“El ritmo de la vida moderna cada vez más empuja al ser humano hacia su exterior, por la dispersión y la superficialidad”*⁷⁹. Es la influencia de los ambientes, en especial de la música, sobre el espíritu humano.

Cuánto bien se puede hacer a los fieles si la música litúrgica logra estar a la altura de la celebración, pues, *“la estética en una celebración afecta a todos los sentidos, no sólo a la vista. El oído se puede abrir más a un mensaje hondo cuando lo escucha en un sonido más armónico”*⁸⁰.

77. RATZINGER, Joseph. Introducción al espíritu de la liturgia, p. 123. Bogotá: San Pablo, 2001.

78. Idem, p. 123.

79. NAVILLE, Hamilton José. El silencio que habla. Revista Lumen Veritates, nº 16, p. 14. São Paulo, Brasil.

80. ALDAZÁBAL, José. Gestos y Símbolos, p. 388. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, Dossiers CPL 40, 2003.

La Iglesia ha manifestado repetidas veces su preferencia por la celebración con canto, porque “nuestro Dios merece una alabanza armoniosa” (Sal 146, 1). El canto sagrado, unido a las palabras, no es ya un elemento accesorio, de adorno ó de embellecimiento de la liturgia, sino que ha llegado a ser parte necesaria e integrante de ésta. De ser considerada como *humilde sierva* (Pío X), pasó a ser vista como *nobilísima sierva* (Pío XI), llegando a adquirir el rango de *ministra de la sagrada liturgia y noble ayuda para la misma* (Pío XII) hasta llegar al Vaticano II (SC 112) en que adquiere el rango de *munus ministeriale* (función ministerial), considerándola como un elemento litúrgico⁸¹. Es que no podemos imaginarnos una Iglesia con su liturgia sin música y canto, “en la que no resonara la voz exultante y armónica de sus hijos cantando las maravillas de Dios que ella proclama y de las que vive”⁸².

El Concilio Vaticano II imprimió un nuevo giro a la reflexión y la práctica del canto y de la música en la liturgia. “La música sacra será tanto más santa cuanto más íntimamente esté unida a la acción litúrgica”⁸³. Es decir, al remarcar su identidad cristiana dará lugar al desarrollo de su universalidad. Pues “cuando decae la liturgia, decae la música sagrada, y cuando se entiende y se vive la liturgia correctamente, aparece la buena música en la Iglesia”⁸⁴.

81. ALCALDE, Antonio. El canto de la Misa. De una liturgia con cantos a una liturgia cantada, p. 20. Santander: Sal Terrae, 2002.

82. JARQUE, Joan E. El cántico nuevo, la música en la Iglesia, p. 6. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica. Cuadernos Phase 136.

83. SACROSANCTUM CONCILIUM, 112.

84. RATZINGER, Joseph. Un canto nuevo para el Señor, p. 160. Salamanca: Sígueme, 2005.

“Quien canta, dos veces ora”

Viene de tiempos muy antiguos el famoso proverbio: “Quien bien canta, dos veces ora”⁸⁵. El pueblo elegido expresaba su fe cantando - “Jesús cantó con palabras y tonos como cualquier judío de su tiempo y oró en recitación ritual” - transmitiendo la Escritura por medio de un “eco soberbio del sentimiento lírico y musical”⁸⁶.

En diversos pasajes del Evangelio encontramos el ambiente musical de aquellos tiempos. San Lucas, el evangelista de la infancia de Jesús, nos presenta los cánticos más hermosos que podremos conocer: el *Magnificat* (Lc 1, 46-55), el *Benedictus* (Lc 1, 68-79) y el *Nunc dimittis* (Lc 2, 29-32).

“Cuando el hombre llega a establecer una relación íntima con Dios, no basta el lenguaje hablado”⁸⁷. Es lo que ocurrió de inmediato cruzado el mar Rojo, el pueblo elegido expresa su agradecimiento al Señor con el canto, “entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor: cantaré al Señor, gloriosa es su victoria” (Ex. 15, 1). Año tras año, durante la Vigilia Pascual, nosotros los cristianos entonamos este canto.

Con el correr de los siglos vemos la acción del Espíritu Santo. La mera expresión, la voz, va siendo substituida por el canto, como que superándola. Surge “la música eclesíástica como un ‘carisma’, o lo que es lo mismo como un don del Espíritu Santo”⁸⁸.

85. ORDENACIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO. Capítulo II, 19. Misal Romano. Barcelona: Coeditores Litúrgicos, 2001.

86. ALCALDE, Antonio. Canto y música litúrgica, p. 9. Madrid: San Pablo, 1995.

87. RATZINGER, Joseph. Introducción al espíritu de la liturgia, p. 113. Bogotá: San Pablo, 2001.

88. Idem. P. 117.

La acción litúrgica comprende en primer lugar la respuesta a la Palabra de Dios, en el diálogo que se produce entre Dios y su pueblo. *“Dios habla al pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. El pueblo responde a Dios con el canto y la oración”* (SC, 33). Es la unión que hubo desde siempre entre la liturgia y la música. *“Cuando el hombre alaba a Dios, no basta la mera palabra”,* pues, *“el hecho de hablar con Dios sobrepasa los límites del lenguaje humano”*⁸⁹. Está en la naturaleza humana el hacer músicas, cantar. La liturgia, por su lado, tiende por su propia naturaleza, a cantar, sobretodo la Sagrada Escritura. Y esto en razón de que *“la plena expresividad de la palabra no se consigue recitándola, sino cantándola”*⁹⁰.

El acontecimiento cultural descristianizante que vivimos ha dado lugar a que la comunicación humana, especialmente con el propio Dios, se deteriorara. Llegan a los oídos de los hombres, atormentados en los ritmos de vida modernos, todo tipo de cacofonías, compitiendo con la fe, con la Palabra de Dios, con un primer anuncio. He aquí la extrema dificultad para la evangelización.

Desde siempre, la música ha sido un medio de difundir la fe y de solemnizar la celebración del Misterio de Cristo pues, *“remite más allá de sí misma, al creador de toda armonía”*⁹¹. Y, esa relación música-celebración litúrgica ha tenido, en sus momentos, una penetración trascendental en las almas. Conversiones han ocurrido por el impacto y penetración de una ceremonia esplendorosa o de un simple canto del Magníficat entonado por unos monjes en

89. RATZINGER, Joseph. Obras Completas, Tomo -XI. Teología de la liturgia, p. 395.

90. AROCENA, Félix María. La Celebración de la Palabra. Teología y pastoral, p. 139. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica. Biblioteca Litúrgica, 24, año 2005.

91. BENEDICTO XVI. Discurso al final de concierto con motivo del Milenario de la Diócesis de Bamberg. 4 de septiembre de 2007.

un monasterio. “La experiencia musical se realiza en lo más íntimo, en la región donde algo interior al ser humano vibra después de experimentar el movimiento, la conmoción, de todos los sentidos. Es el mismo lugar donde vibra el espíritu humano ante la percepción del Misterio”⁹².

Sin hacer un histórico de la música sacra, interesa sí un breve recorrido de los últimos tiempos, especialmente del siglo pasado. Destaquemos la clara intervención del Papa San Pío X marcando la diferencia entre la música profana y la música sacra. Aquella Instrucción publicada como Motu Proprio, considerada como “Código jurídico de la música sagrada”, señalaba los principios que regulan la música sagrada en las solemnidades del culto, y al mismo tiempo las principales prescripciones contra los abusos más comunes que se cometían en esta materia. Remarcaba cómo “la música sagrada debe tener en grado eminente las cualidades propias de la liturgia, a saber: la santidad y la bondad de las formas, de donde nace espontáneo otro carácter suyo: la universalidad”⁹³. Detallando su “santidad” como excluyente de lo profano; que debe ser “verdadero arte” y ser “universal”, es decir, subordinada a las características generales de la música sacra. Cualidades todas que “se encuentran en grado sumo en el canto gregoriano”⁹⁴.

Al Motu Proprio *Tra le Sollecitudini* de San Pio X (22-XI-1903), le siguieron otros documentos como la Encíclica *Musicae sacrae disciplina* de Pío XII (25-XII-1955), la Instrucción sobre Música Sagrada de la Sagrada Congregación de Ritos (3-IX-1958) y la Constitución *Sacrosanctum Consilium* del Vaticano II (4-XII-1963),

92. PIQUÉ, Jordi-Agustí. El Siglo de la Liturgia. Congreso Internacional de Liturgia, Barcelona 4-5 de septiembre de 2008. La música en la liturgia, meta-mensaje de trascendencia, p. 270. Barcelona : Centre de Pastoral Litúrgica, 2009.

93. PÍO X. Motu Proprio *Tra le sollecitudine*, I, 2.

94. Idem. II, 3.m

que dedica el Capítulo VI a la música (SC, 112-121). Este documento significa la culminación de todo un movimiento de restauración del canto gregoriano y de renovación del canto popular religioso. Posteriormente, entre los documentos postconciliares, debemos considerar la Instrucción *Musicam Sacram* del 5-III-1967; y especialmente el Quirógrafo del Papa Juan Pablo II sobre Música Sacra del 14-XII-2003.

*“La música, como voz del corazón, suscita ideales de belleza”*⁹⁵, así Juan Pablo II relacionaba la música, el corazón y la belleza en una carta enviada a Mons. Doménico Bartolucci, maestro y director de la Capilla Musical Pontificia, en el Año Europeo de la Música, en 1985. Resaltando cómo la Iglesia había favorecido y cultivado la música desde todos los tiempos, dada su importancia espiritual, cultural y social; no dejaba de exigir que *“la música para la liturgia sea auténtico arte, y tenga como finalidad siempre la santidad del culto”*⁹⁶.

Los hombres expresaron a través de los tiempos, sus sentimientos de dolor y alegría, de amor y de lucha, de angustias y de dudas, mismo en momentos de enfrentamientos entre pueblos, por medio de inspirados compositores a través de la música. Unas con características de oración, otras como alabanza al Creador. *“Por esa capacidad expresiva de la música, la Iglesia desde los orígenes, en su enseñanza y en su acción, ha manifestado un interés constante por el canto y por la música “sacra”, dada la íntima conexión del arte musical con la liturgia”*⁹⁷.

95. JUAN PABLO II. Carta a Mons. Doménico Bartolucci, maestro y director de la Capilla Musical Pontificia. 6-8-1985.

96. Idem, 5.

97. JUAN PABLO II. El interés de la Iglesia por la música. A la Asociación Santa Cecilia, 1985. La música en la liturgia. Documentos, p.

San Agustín, apasionado de la música, ha sintetizado felizmente la profunda relación entre la belleza de la realidad y la música, la hermosura del universo todo, *“cuyas partes son tales que deben ser adaptadas a todos los tiempos, como un gran cántico de un inefable artista”*⁹⁸, difundiéndose como un inmenso cántico de un músico indecible.

Se produjo un abandono de la belleza en la música

En las circunstancias actuales, en que se produjo un abandono de la belleza en la música - repercutiendo su ausencia en la liturgia -, abandono gradual pero efectivo de la música sacra. Con la triste consecuencia, de un empobrecimiento calificado por Benedicto XVI de *“pavoroso”*: *“la experiencia ha demostrado que el atenerse únicamente a la categoría de lo ‘comprensible para todos’ no ha conseguido que la liturgia fuera verdaderamente más comprensible, más abierta, sino más pobre”*. Dentro de estas circunstancias - agrega el Papa hoy Emérito - *“se ha rechazado la incomparable música de la Iglesia en nombre de la ‘participación activa’”, y se cae en “una Iglesia que sólo hace música ‘corriente’, cae en la ineptitud y se hace ella misma inepta”*⁹⁹.

Juan Pablo II, en la Encíclica *Dies Domini* (50) sobre el canto de la asamblea manifiesta que *“se debe favorecer su calidad, tanto por lo que se refiere a los textos como a la melodía, para que lo que se propone hoy como nuevo y creativo sea conforme con las disposiciones litúrgicas y digno de la tradición eclesial que tiene, en materia de música sacra, un patrimonio inestimable”*.

98. SAN AGUSTÍN. Carta 138, 5, p. 129. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1987.

99. RATZINGER, Joseph. Informe sobre la fe, p. 141-142.

Desde siempre se han introducido en el templo melodías profanas y de baja calidad. El problema no es nuevo, viene desde antiguo. No se consideró que en la búsqueda de nuevas composiciones, en la creatividad naciente en todos los tiempos, se debe procurar que, para las mismas ser aptas tienen que ser *“dignas de la alabanza divina, que sean adecuadas a la acción litúrgica y que expresen la fe que profesamos”*¹⁰⁰.

Nada mejor que resaltar lo que nos transmite en su momento la *Sacrosanctum Concilium*: *“la música sacra, por consiguiente, será tanto más santa cuanto más íntimamente unida esté a la acción litúrgica, ya sea expresando con mayor delicadeza la oración o fomentando la unanimidad, ya sea enriqueciendo de mayor solemnidad los ritos sagrados”* (SC, 112).

Al ser el canto gregoriano modelo supremo de la música sagrada, se puede afirmar que es uno de los más ricos patrimonios de la Iglesia, pues su excelencia radica sobre todo en la unión íntima de la melodía con el texto sagrado. *“La Iglesia reconoce el canto gregoriano como el propio de la liturgia romana; en igualdad de circunstancias, por tanto, hay que darle el primer lugar en las acciones litúrgicas”* (SC, 117).

Juan Pablo II en el Quirógrafo sobre Música Litúrgica (22-11- 2003), con motivo del centenario del Motu Proprio *Tra le sollecitudini* de San Pío X, no deja lugar a dudas para los días de hoy:

Con respecto a las composiciones musicales litúrgicas, hago mía la ‘ley general’ que san Pío X formulaba

100. BABURÉS, Joan. La voz del canto litúrgico. Cuadernos Phase 136. El Canto litúrgico, perspectivas actuales, p. 32. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2003.

en estos términos: “una composición religiosa será tanto más sagrada y litúrgica cuanto más se acerque en aire, inspiración y sabor a la melodía gregoriana, y será tanto menos digna del templo cuanto más diste de este modelo supremo”. Evidentemente no se trata de copiar el canto gregoriano, sino más bien de hacer que las nuevas composiciones estén impregnadas del mismo espíritu que suscitó y modeló sucesivamente ese canto ¹⁰¹.

Esta esperanza, en los momentos actuales, de que aparezcan nuevas expresiones musicales sacras – que tengan “aire, inspiración y sabor a la melodía gregoriana” – está proporcionada a la influencia de un nuevo espíritu de santidad, de sacralidad, imbuido de belleza, que puedan transmitir “comunidades vivas”. Ante la crisis de fe, el desgaste de las almas en un mundo secularizado y desacralizado – decía Ratzinger – hay “la esperanza de que un nuevo florecer de la fe en África, Asia y América Latina desarrolle nuevas formas de cultura”, sobresaltando al mismo tiempo que en la crisis cultural que atravesamos, surjan “nuevos brotes de fe” surgiendo de ellos “una nueva cultura cristiana” ¹⁰².

La importancia del canto gregoriano

Con gran desvelo por ensalzar la Palabra de Dios, y que durante la celebración Eucarística tenga su presencia, Benedicto XVI en la Exhortación Post Sinodal sobre *Verbum Domini* (2010), destaca que el canto posea “la belleza de la Palabra divina”. Valorando los cantos legados

101. JUAN PABLO II. Documentación Litúrgica. Nuevo Enquiridion de San Pío X a Benedicto XVI. Burgos: Monte Carmelo, 2008. Quirógrafo sobre la música litúrgica 12, p. 1879

102. RATZINGER, Joseph. Obras Completas, Tomo XI. La imagen del mundo y del hombre propio de la liturgia y su expresión en la música de la Iglesia, p. 408.

por la Tradición afirmaba, citando al Concilio Vaticano II, que *“pienso, en particular, en la importancia del canto gregoriano”*¹⁰³.

Ante una objeción comprensible de que toda la música litúrgica tendría que ser a imitación del gregoriano o del canto polifónico, consideramos que es nuestro deseo que se llegue a una renovación musical que contrarreste los momentos venturosos que en materia de música sacra estamos asistiendo. Esto, sin dejar que se valore el canto gregoriano, *“como canto propio de la liturgia romana”*¹⁰⁴. El Cardenal Ratzinger da unas premisas muy sabias a este respecto, llenas de luz y esperanza, tomando en consideración que la creatividad para ser auténtica, es difícil planificarla de antemano. Pero sí deben ser consideradas - además de las advertencias ya indicadas en numerosos documentos - que *“el hacer humano acaba cuando comienza la verdadera grandeza”* es un límite indispensable a ser tomado en consideración, para comprender que *“al comienzo de la gran música sagrada está necesariamente la reverencia, la recepción, la humildad que, participando en la grandeza ya contrastada, está dispuesta a servir. Sólo el que vive, al menos fundamentalmente, de la contextura interna de esta imagen del hombre, puede crear la música acorde con ella”*¹⁰⁵.

Ya como Papa, este mismo cardenal, en la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* advertía que *“no podemos decir que en la liturgia sirva cualquier canto. A este respecto, se ha de evitar la fácil improvisación o la introducción de géneros musicales no respetuosos del sentido de la liturgia”*¹⁰⁶.

103. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 70.

104. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, 42

105. RATZINGER, Joseph. *Un canto nuevo al Señor*, p. 147. Salamanca: Sígueme, 2005.

106. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, 42

Vemos, a través de estos pensamientos que hemos recorrido, que la música sacra, presentada con toda belleza y esplendor, reflejando la grandeza de alma de los compositores, que posea santidad y valor artístico, podrá tener una influencia toda especial en este mundo de hombres que, por ser pertenecientes a una *“civilización de la imagen”*, tienen oídos sordos a las palabras. El canto litúrgico puede mucho, penetra –con estas características– en los corazones, como un *“dardo”*. Será uno de los medios de evangelización en una sociedad presionada por valores, formas de ser y de vivir, que están en contraposición con los principios enseñados desde siempre por la Iglesia; pues la música siempre tuvo la capacidad de suscitar *“resonancias que nos ayudan a sintonizar con la belleza y la verdad de Dios, es decir, con la realidad que ninguna sabiduría humana y ninguna filosofía podrán expresar jamás.”*¹⁰⁷.

Bien decía San Agustín que *“cantar es propio de quien ama”*¹⁰⁸. En este evangelizar se precisa siempre mantener que lo que se predique - y por lo tanto lo que se cante - esté de acuerdo con los principios perennes enseñados por Nuestro Señor Jesucristo, que conforman la doctrina católica en su integridad y santidad. Así pues, *“esa mudanza de panorama exige naturalmente actualizaciones inteligentes de los métodos de apostolado, si pretendemos obtener algún fruto duradero con las nuevas generaciones”*¹⁰⁹.

Previamente a que la razón pueda actuar, el hombre recibe las informaciones, conoce las cosas, a través de sus sentidos e instintos, captando a así las realidades que lo

107. BENEDICTO XVI. Discurso al final del concierto con motivo del milenario de la Diócesis de Bamberg. 4 de septiembre de 2007.

108. SAN AGUSTÍN. Cantare amantibus est. Sermo 336, 1: PL 38, 1472

109. SCOGNAMIGLIO CLÁ DIAS, João. Por ocasião do Ano Sacerdotal, sugestões dos Arautos do Evangelho á Congregação para o Clero, p. 8.

rodean. El verum y el bonum, precisan ser mostrados, pero solos no bastan. Y mismo ellos, deben ser mostrados con belleza, con pulchrum. Se trata de presentar *“la verdad y la virtud con los atractivos de lo bello y con la fuerza del ejemplo”*¹¹⁰. Esto no sólo debe ocurrir en los ambientes todos que rodean al hombre, sino –y especialmente- en el ceremonial litúrgico, cuanto más en el canto.

Ocurrirá así, como feliz impacto en aquellos que se encuentren en una celebración solemne, oficiada con sublimidad. Asistiendo a una realidad trascendente sentirán *“la influencia del sonido de los instrumentos, del canto, del perfume del incienso, del juego de luces de los vitrales, sin ser capaz de explicitar en que consiste tal influencia, en tanto desee estar allí muchas veces, porque ese efecto le llena el alma de una especial alegría”*¹¹¹.

110. Idem, p. 15.

111. Idem. p. 15.



LITURGIA Y VIDA

El papel de la Liturgia en la vida de los hombres

San Pablo exhortaba a los Romanos a que no se amolden con el mundo: “no os conforméis con este siglo”. Invitación a vivir el Evangelio, a vivir la liturgia, de manera que la vida en los momentos de la celebración, se extienda a la vida cotidiana.

Si volvemos nuestras miradas hacia Dios Nuestro Señor, autor de la Antigua Ley, lo encontraremos indicando al pueblo elegido rituales y normas para rendirle culto legítimo. Era el deber fundamental del hombre de volverse hacia Dios, tanto de forma individual como en comunidad¹¹².

Los primeros cristianos “perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2, 42).). Vemos en esto cómo la acción litúrgica tiene sus inicios con la fundación de la

107. BENEDICTO XVI. Discurso al final del concierto con motivo del milenario de la Diócesis de Bamberg. 4 de septiembre de 2007.

108. SAN AGUSTÍN. Cantare amantibus est. Sermo 336, 1: PL 38, 1472

109. SCOGNAMIGLIO CLÁ DIAS, João. Por ocasião do Ano Sacerdotal, sugestões dos Arazos do Evangelho á Congregação para o Clero, p. 8.

Iglesia, teniendo como elemento más destacado en las comunidades primitivas, la “Cena del Señor”, la “fracción del pan”. Pero también estaba, como nos dicen los Hechos, la “enseñanza”, dado que la liturgia de la Palabra fue elemento esencial en las reuniones. “Tanto antes como después de la ruptura definitiva con la sinagoga, los cristianos fueron fieles a la lectura de los libros de la Ley y los Profetas, y al canto de los Salmos”¹¹³.

San Justino, hacia el año 150, nos ofrece una descripción detallada del oficio divino cristiano: “Este se abre con unas lecturas tomadas de las Memorias de los Apóstoles y de los Profetas; a continuación el presidente dirige una alocución seguida de una oración; concluido todo ello, el servicio divino prosigue con la ofrenda del sacrificio”¹¹⁴.

La fe y la liturgia iban de la mano íntimamente unidas. En la liturgia tendremos presente a Cristo Sacerdote, una acción del Espíritu Santo y de la Iglesia, acompañaremos la historia de la salvación de los hombres, se actualiza ésta a través de los sacramentos y, a través del culto, será fuente de santificación; contribuyendo a que “los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”¹¹⁵.

Una de las numerosas descripciones, que cubre variados aspectos y nos muestra claramente el papel de la liturgia en la vida de los hombres, es la siguiente: “La acción sacerdotal de Jesucristo, continuada en y por la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo, por medio del cual se actualiza

113. LLOPIS, Joan. La liturgia a través de los siglos, p. 9. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1993. Emaús, 6.

114. JUGMANN, Josef Andreas. Breve Historia de la Misa, p.10. . Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica. Cuadernos Phase, 157. SAN JUSTINO. Primera Apología, 67.

115. SACROSANCTUM CONCILIUM, 2.

su obra salvífica a través de signos eficaces”¹¹⁶. En la liturgia, nos enseña el Catecismo de la Iglesia, “*la Iglesia celebra principalmente el misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación*” (1067).

No vemos alejada esta definición de la expresada por el Papa Pío XII en su Encíclica *Mediator Dei*, después de varios decenios de estudios e investigaciones, afirmando que: “*la sagrada liturgia es el culto público que nuestro Redentor tributa al Padre como cabeza de la Iglesia, y es el culto que la sociedad de los fieles da a su fundador y, por medio de él, al eterno Padre*”¹¹⁷.

La Sacrosanctum Concilium presenta el concepto de liturgia de modo similar considerándola: “*como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre*”¹¹⁸.

Hace pocos años, el Santo Padre Emérito decía que “*la liturgia es la celebración, el acontecimiento central de la historia humana: el sacrificio redentor de Cristo*”¹¹⁹.

Cuando pensamos en las innumerables formas de hacerse presente la Iglesia ante los hombres quedamos impresionados de las maravillas de la acción del Espíritu Santo, inspirando tantos y tantos carismas. Unos hacen un trabajo misionero. Otros practican la caridad cristiana, sea con enfermos, ancianos, niños huérfanos o personas con deficiencias. Aquellos hay que lo hacen a través de la enseñanza, o los que rezan en la vida

116. ABAD IBAÑEZ, J.A. y GARRIDO BONAÑO, M. *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, p. 17. Madrid: Pelicano, 1997.

117. PIO XII. *Mediator Dei*, 29.

118. SACROSANCTUM CONCILIUM, 7.

119. BENEDICTO XVI. *A Episcopado Francés en su visita ad límina*. 19-11-2012.

contemplativa. Pero, afirmaba Benedicto XVI, “el lugar donde se vive plenamente como Iglesia es la liturgia: esta es el acto por el que creemos que Dios entra en nuestra realidad y le podemos encontrar”¹²⁰.

Este “servicio de parte de y en favor del pueblo” (CIC, 1069), como originariamente era definida, pasa a ser calificada no solamente como la celebración del culto divino sino “también como anuncio del Evangelio” y “la caridad en acto” (CIC, 1070).

Nos acercamos a la íntima relación entre la liturgia y la vida de los hombres para llevarlos al “seno de la Iglesia”¹²¹.

Para realizar tan grande obra, Cristo está siempre presente “sobre todo en la acción litúrgica” (SC, 7), acción sagrada por excelencia, acción de Su Iglesia, pero que “no agota toda la actividad de la Iglesia” (SC, 9).

Citando la regla benedictina, “nada debe anteponerse al culto divino”¹²², el Cardenal Ratzinger resaltaba que si la mirada hacia Dios no es lo determinante, todo lo demás pierde su orientación. Si bien que la regla de San Benito es para el monacato, “tiene también validez para la vida de la Iglesia y la de cada uno en particular, según su estado”¹²³.

En los tiempos que vivimos, dos tipos humanos se presentan ante la liturgia, el que algunos llaman de “homo liturgicus”, aquel que presenta su corazón abierto a la escucha de la Palabra, a la admiración de una bella celebración litúrgica, a la adoración. El otro tipo humano,

120. BENEDICTO XVI. Audiencia General del 3 de octubre de 2012.

121. CONCILIO VATICANO II. Sacrosanctum Concilium, 1.

122. SAN BENITO. Regla 43, 3.

123. RATZINGER, Joseph. Obras completas. Tomo XI. Teología de la Liturgia, p. XIII. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012.

de corazón cerrado, el “*homo faber: hombre moderno, cautivado por la ciencia y la técnica*”¹²⁴. No posee disposición alguna para lo sagrado, ni espíritu de oración, menos que menos de ofrenda a Dios.

Unos de corazón abierto, otros – no pocos – de corazón cerrado. Ante esta pérdida de sensibilidad para lo sagrado: ¿cuál será entonces el papel de la liturgia?

Un divorcio entre la liturgia y la vida

A través del tiempo se ha notado un divorcio entre la liturgia y la vida de los cristianos. Una acción litúrgica rutinaria, mecanizada, fue repercutiendo en la vida religiosa del pueblo de Dios.

San Pablo exhortaba a los Romanos (12,1) a que presenten sus cuerpos “*como hostia viva, santa y grata a Dios*”, explicando que ese era su culto racional y espiritual. Y más aún les insistía en que no se amolden con el mundo: “*no os conforméis con este siglo*”. Invitación a vivir el Evangelio, vivir la liturgia, de manera que la vida en los momentos de la celebración se extienda a la vida cotidiana. Que no haya divorcio sino por el contrario una simbiosis, un prolongar la celebración a la vida diaria: “*Ningún acto litúrgico termina en su celebración. Como existe un ‘antes’, que prepara la celebración, de igual manera existe siempre un ‘después’, una prolongación*”¹²⁵.

Esa separación ocurre en los días de hoy en muchos cristianos. Su conducta, su proceder, su forma de vida

124. DANNEELS, Godfried. El proceso educativo que reclama la liturgia en pleno siglo XXI. El Siglo de la Liturgia, páginas 276 y 277. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2009.

125. CANALS, Joan M. Liturgia y vida, p. 240. La reforma litúrgica, una mirada hacia el futuro. Bilbao: Grafite, 2001.

en general, tiene una separación, una incoherencia con relación al Evangelio, a las enseñanzas de la Santa Iglesia, a los Mandamientos de la Ley de Dios. Pueden participar de las misas dominicales habitualmente, pero, al salir, al volver al mundo secularizado que los rodea, sus vidas se alejan de esta santa realidad que vivieron apenas un pequeño período de tiempo durante la semana. Vemos así como *“la continuidad liturgia-vida es una de las cuestiones más serias que un cristiano adulto se debe plantear”*¹²⁶; *el evitar esa separación, esa membrana que separa la vida profesional, cultural, social, de familia, de lo que vivió en el momento de la celebración litúrgica dominical. “Lo decisivo es la ósmosis entre lo que se cree, que se celebra y lo que se vive”*¹²⁷.

Terminada la Eucaristía el sacerdote – o en su defecto el diácono – afirma con todo énfasis, antes del *“Podéis ir en paz”*, momento en que partirán para su vida cotidiana, diciendo: *“glorificad con vuestras vidas al Señor”*, haciendo de sus vidas un testimonio misionero continuo; pues de lo contrario todo quedaría en *“un ceremonialismo vacío”*¹²⁸.

Esta incoherencia de vida deseaba solucionarla, desde inicios del siglo pasado, el Papa San Pío X. A pocos meses de haber asumido el Pontificado en su *Motu Proprio Tra le sollecitudini*, sobre la música y el canto en la Iglesia, mostraba su vivísimo deseo, de restaurar el culto divino, para que el verdadero espíritu cristiano vuelva a florecer en todo.

Señaló un punto de partida del movimiento litúrgico de nuestros días: *“lo primero es proveer a la santidad y dignidad del templo, donde los fieles se juntan precisamente*

126. AROCENA, Félix María. Liturgia y vida. Lo cotidiano como lugar del culto espiritual, p. 12. Madrid: Palabra, 2011.

127. Op. Cit, p. 133.

128. Op. Cit. P. 65.

para adquirir ese espíritu en su primer e insustituible manantial, que es la participación activa en los sacrosantos misterios y en la pública y solemne oración de la Iglesia” ¹²⁹.

La participación plena, consciente y activa

La “participación activa” quedó marcada también en diversos decretos posteriores del Soberano Pontífice: la comunión frecuente facilitada a los fieles y el ser llevada a los enfermos, el adelanto de la edad para la primera comunión de los niños, así como la renovación del Triduo Pascual; que le valieron ser designado como el Papa de la Eucaristía. Su plan pastoral era el fortalecer la vida cristiana de los fieles en torno a la parroquia, célula fundamental de la comunidad de fieles: “Revitalizando el fervor del pueblo por medio de una asistencia activa en el santo sacrificio de la Misa” ¹³⁰.

Pío XI, veinticinco años después, mostraba que “*es absolutamente necesario que los fieles no asistan a los oficios como extraños a los mismos o como espectadores mudos, sino que, penetrados por la belleza de las realidades litúrgicas, deben participar de las ceremonias sagradas*” ¹³¹.

La Sacrosanctum Concilium, asociada a los documentos anteriores, destaca la intención de asegurar la eficacia para la santificación de los hombres, en la participación en la sagrada liturgia. Si bien que matiza que esta participación no abarca toda la vida espiritual, pues todo cristiano debe orar a solas en su cuarto al Padre, penetrando en el tema,

129. PÍO X. Motu Proprio Tra le sollicitudine, Introducción sobre la música sacra. Introducción. 22-10-1903.

130. ROUSSEAU, Olivier. La obra litúrgica de Pío X, p. 13. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2001. Cuadernos Phase, 112.

131. PÍO XI. Constitución Apostólica Divini Cultus Sanctitatem. Traducción propia del texto en latín. 20-12-1928.

afirma que: *“la santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma”* (SC, 14). El documento no da una definición concreta de lo que es participación, apenas señala sus características de plena, consciente y activa.

Siendo la liturgia fuente primaria y necesaria de la que han de beber los fieles, ha dado lugar el tema a innumerables interpretaciones a lo largo de estos decenios. Participación, tomar parte, es *“sinónimo de intervención, adhesión, asistencia”*¹³², concepto que se podría considerar clave en el documento conciliar. Pero *“con esta palabra no se quiere hacer referencia a una simple actividad externa durante la celebración”*¹³³. Son actitudes internas y externas. Vemos así cómo, la participación, no puede reducirse a una mera actitud formal, apenas actitudes externas, sino que debe tocar en el interior del hombre. *“La participación externa (responder, cantar, levantarse, estar arrodillado) es sólo el primer estadio de la participación en la celebración, que es la identificación subjetiva y objetiva con el mysterium-sacramentum”*¹³⁴.

“Plena, consciente y activa”, tres términos precisos. Una participación *“plena”*, tanto interior como exterior; *“es toda la persona humana, en todas sus dimensiones, la que se debe poner en comunicación con la celebración de los misterios”*¹³⁵. Una participación *“consciente”* sólo

132. LÓPEZ MARTÍN, Julián. La liturgia de la Iglesia, p. 101. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.

133. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica Sacramentum Caritatis, 52.

134. SARTORE, D., TRIACCA, A.M. y CANALS, J. M. Nuevo diccionario de Liturgia, p. 1549. Madrid: San Pablo, 1987.

135. FLORISTÁN, Casiano. Concilio Vaticano II, comentarios sobre la constitución sobre la Sagrada Liturgia. Objetivos de la Pastoral Litúrgica, p. 214. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964.

se logrará cuando sea efecto de una buena educación litúrgica. Las insistencias de esta formación, primeramente en el seminario, y seguida y continuamente a los fieles, ha sido recalcada a través de numerosos documentos y artículos después del Concilio. El cardenal Ratzinger decía, “no se puede imponer a los hombres desde fuera como un espectáculo, sino que requiere educación y práctica”¹³⁶.

De estas tres características, la participación “activa” es la que ha tenido más destaque. Principalmente debemos decir que el documento quiso que la presencia de los fieles en las celebraciones litúrgicas no fuera “como extraños y mudos espectadores” (SC, 48). No debe ser una mera asistencia, un estar presente, tiene que haber un “asociarse a la acción santificadora y cultural que realiza Cristo a través de unos ritos y oraciones”¹³⁷. Esta participación es designada, de variadas formas, como: interna, externa, fructuosa, piadosa, perfecta, etc.

El participar activamente lleva consigo el hecho de que la presencia debe ser acompañada por las respuestas al diálogo-oración que se da en la Eucaristía; a los cantos; a la escucha de la Palabra y al aprovechamiento de la homilía; al recibir sacramentalmente el Cuerpo del Señor, si bien que el hecho de no comulgar no excluye la participación activa. Gestos y actitudes, cantos y oraciones, los momentos de silencio.

Desgraciadamente “la expresión se ha desvirtuado muy pronto, interpretándola solo en un sentido externo”¹³⁸.

136. RATZINGER, Joseph. El espíritu de la liturgia: ensayo de Teología Litúrgica, p. 97. Bilbao: Descleé de Brouwer, 1999.

137. ABAD IBÁÑEZ, J. A. y GARRIDO BOÑANO, M. Iniciación a la liturgia de la Iglesia, p. 51. Madrid: Palabra, 1997.

138. RATZINGER, Joseph. Obras completas, tomo XI. IV La figura de la Liturgia, p. 98. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012.

Acción principal en la que todos deben tomar parte, *“la verdadera acción litúrgica, en la que todos debemos tomar parte, es la acción del mismo Dios”*¹³⁹. Debiéndose evitar que *“las acciones externas particulares se conviertan en lo esencial de la liturgia, y esta se degrada a una actuación sin más, entonces se malogra el verdadero carácter teodramático de la liturgia reduciéndola casi a una parodia”*¹⁴⁰.

Es el riesgo de que ocurra, en cierta medida, llevando la liturgia al *“nivel de entretenimiento”*¹⁴¹, que produzca emoción, que anime a las personas, y con eso se perdió *“la emoción intrínseca de la liturgia”*¹⁴²; acontecimiento que ocurre en nuestro interior. Pues toda acción meramente externa en materia de participación de nada servirá si los fieles no entran en el camino de Dios, si no hay una transformación personal, si la liturgia no se transforma en vida, pues la liturgia apela profundamente a un cambio radical, *“hay realidades que sólo podemos entender con el corazón, y paulatinamente, también con la razón en la medida en que nos dejemos iluminar por el corazón”*¹⁴³.

Como vemos, el concepto participación ha sufrido variados experimentos, simplificaciones, considerando que la participación activa es responder, cantar, pararse o arrodillarse, es apenas un *“activismo externo”*¹⁴⁴.

En los criterios y en las formas de actuación ocurridas en que se fue realizando la reforma litúrgica, *“se advierte*

139. Op. Cit., p. 99.

140. Op. Cit., p. 100.

141. RATZINGER, Joseph. La fiesta de la fe: ensayo de Teología Litúrgica, páginas 198-199. Bilbao: Desclée De Brouwer, 1999.

142. Op. Cit., p. 199

143. Op. Cit., p. 200

144. RATZINGER, Joseph. Un canto Nuevo al Señor, p. 163. Salamanca: Sígueme, 2005.

que ha sido buena en la intención conciliar, mas no siempre tan buena en los resultados”¹⁴⁵.

Ha sucedido esto donde con simples cambios de ritos y de modalidades exteriores, se confundió el sentido auténtico de la participación plena, consciente y activa. Considerando la participación de forma superficial, epidérmica. Así fue que “una vez perdido el mordiente de la novedad, tal participación, ligada a la rutina, acaba por volverse rancia. De aquí una desafección a la acción litúrgica”¹⁴⁶.

Se pretendió que los fieles dejen de ser espectadores y pasen a ser “actores” con su participación activa. Algunos “pragmáticos”, como los califica singularmente Ratzinger, consideraron que ahora todo tiene que ser en “voz alta y en comunidad” para hacer la celebración litúrgica más atractiva. Destaca que no es una mera “alternancia de estar de pie, sentado o de rodillas, sino en procesos interiores”, pues se corre el riesgo de perder “esta dimensión interior”¹⁴⁷.

Convertir en fe viva lo que se participa

La liturgia y vida cristiana están íntimamente unidas como causa y efecto. Fue el motivo de la invitación que hace en su introducción la Sacrosanctum Concilium, para llevar “a todos los hombres al seno de la Iglesia”, todo esto a través del “fomento” de la liturgia.

145. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Pedro. La Liturgia en los inicios del tercer milenio. A los XL años de la Sacrosanctum Concilium. Actuosa participatio, participación plena, consciente y activa, p. 202. Baracaldo: Grafite Ediciones, 2004.

146. SARTORE, D, TRIACCA, A. M. y CANALS, J.M. Nuevo Diccionario de Liturgia, p. 1557. Madrid: San Pablo, 1996.

147. RATZINGER, Joseph. Obras Completas, tomo XI. Teología de la Liturgia, p. 470. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012.

Preocupaba seriamente a Juan Pablo II la avalancha de cambios culturales que se vivían, decía que urgía restablecer el cuerpo cristiano de la sociedad humana. Sólo se conseguiría eso con la presencia de testigos de la fe cristiana, testigos que superen, en ellos mismos, *“la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida, que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud”*¹⁴⁸.

Para recomponer la vida cristiana en la sociedad, se hace necesaria una coherencia de vida que supere la *“fractura”* que sufren los hombres de hoy. Jungmann afirmaba que *“la conciencia cristiana debe formarse por medio de la liturgia”*. Y que, para hacérselo entender a los jóvenes, es *“una excelente ayuda la liturgia bien organizada y vitalmente celebrada, sobre todo la santa misa”*¹⁴⁹. Porque, como decía Guardini, *“la liturgia es arte que se transforma en vida”*¹⁵⁰.

Por lo tanto, la participación activa, no puede restringirse a lo externo de las ceremonias, debe primeramente haber una participación interna y espiritual, plena y consciente, viva y fructuosa del Misterio Pascual de Jesucristo. *“La liturgia y la vida son realidades indisociables. Una liturgia que no tuviese un reflejo en la vida se volvería vacía y ciertamente no agradable a Dios”*¹⁵¹.

148. JUAN PABLO II. Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domini*, 34.

149. JUNGSMANN, Josef Andreas. *La liturgia, escuela de la fe*, p. 19. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2003. Cuadernos Phase 136.

150. GUARDINI, Romano. *El espíritu de la liturgia*, p. 73. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica. Cuadernos Phase 100, 2000.

151. JUAN PABLO II. *Enchiridion Vaticanum*. *Messaggio Vi rivolgo con piacere ai partecipanti all'assemblea plenaria della Congregazione per il Culto Divino e la disciplina dei sacramenti sulla religiosità popolare*. 26-28 Settembre 2001. Bologna: Edizioni Dehoniane Bologna, 20041767. p.1207. Vol.20. *“A liturgia e la vita sono realtà*

Esta relación, *liturgia-vida*, motivo de comentario numerosos autores, y transmitida por no pocos documentos de la Iglesia. De nada serviría una liturgia que no oriente integralmente la vida hacia Dios, sería una mera ideología, que no penetraría en los corazones. La liturgia endereza los caminos de la vida, principalmente a través del culto dominical, dando fortaleza en los corazones para enfrentar “*las fuerzas que tiran hacia abajo que han adquirido una potencia siniestra*”¹⁵².

Hay un comprender con el corazón ante la liturgia, no es apenas una circunstancia en la que tomamos conocimiento de una enseñanza meramente teórica, a través de lecturas, cantos y oraciones. Siempre la liturgia tendrá algo que decirnos al corazón. Será el aproximarnos a la verdadera y profunda acción de Dios en los corazones, pues “*vida cristiana y vida espiritual, son siempre, por tanto, vida litúrgica*”¹⁵³.

Reclama la necesidad de una disposición personal, una recta actitud de alma, abrir los oídos a su “voz” para no recibirla infructuosamente. Así es que llega Jungmann a la evidente conclusión de que “*la liturgia, celebrada vitalmente, ha sido a lo largo de los siglos la forma más importante de pastoral*”¹⁵⁴, como medio utilizado por la Iglesia para guiar al pueblo de Dios.

indissociabili. Una liturgia che non avesse un riflesso nella vita diventerebbe vuota e certamente no gradita a Dio.

La celebrazione liturgica è un atto della virtù di religione che, coerentemente con la sua natura, deve caratterizzarsi per un profondo senso del sacro”.

152. JUNGSMANN, Josef Andreas. *La liturgia, escuela de la fe*, p. 17. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2003. Cuadernos Phase 138.
153. GUTIÉRREZ, José Luis. *Liturgia, Manual de Iniciación*, p. 187. Madrid: Rialp, 2006.
154. JUNGSMANN, Josef Andreas. *Op. Cit.*, p. 42

Es una acción del propio Dios que penetra en la vida cotidiana de los hombres de fe, y acaba siendo un “servicio para la transformación del mundo”¹⁵⁵. Exige, para esta destacada misión en pro del “hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo”, un compromiso de entrega del corazón en lo cotidiano, a todo momento, en todo lugar. Fuente de la cual los fieles se empapan del auténtico espíritu cristiano, presente está en ella el poder transformante del propio Dios a través de la celebración litúrgica, pues quiere “transformarnos a nosotros mismos y al mundo”¹⁵⁶.

155. RATZINGER, Joseph. Obras Completas, tomo XI. Teología de la Liturgia, p. 470. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012

156. Op. Cit., p. 100

LAS TRES DEVOCIONES DE LOS HERALDOS:

*La adoración Eucarística,
la devoción Mariana
y el amor al Papado.*

Consideraba Plinio Corrêa de
Oliveira que:

*“Cuando estas tres devociones
florezen, tarde o temprano la Iglesia
triunfa. Y, a contrario sensu, cuando
ellas están en decadencia, tarde o
temprano la civilización cristiana decae”*

Dentro de lo que podremos llamar renovación de la vida cristiana en la sociedad están: la necesidad de la vuelta a lo sagrado y al misterio, el redescubrimiento de la belleza, la importancia de vivir la liturgia, el papel del canto y la música, la experiencia del silencio, los esplendores del arte religioso. Entre ellas, nada tiene la primordial importancia como las tres bases de devoción de todo católico: a la Eucaristía, a la Santísima Virgen y el amor al Papado. No llegaríamos a una auténtica renovación si las almas no viviesen animadas bajo el impulso de estos tres amores. Impulsar la Adoración Eucarística

La Iglesia, desde sus orígenes, ha adorado el Cuerpo de Cristo bajo las especies eucarísticas. *“La Eucaristía, en efecto, es un Sacrificio y es también un Sacramento, y se distingue de los demás Sacramentos en que no sólo produce la gracia, sino que contiene de forma permanente al Autor mismo de la Gracia”*¹⁵⁷ .

Con el tiempo se han ido desarrollando piadosas y bellas formas de adoración. De las que inicialmente eran visitas al Señor reservado en el Sagrario, nacen las bendiciones con el Santísimo Sacramento, las procesiones, llegando al momento álgido del establecimiento de la solemnidad de Corpus Christi por el Papa Urbano IV en el año 1264. Fueron naciendo también, las adoraciones por algunas horas, las llamadas 40 horas y de forma más maravillosa la Adoración Perpetua, iniciándose en monasterios y en los días de hoy, desarrollándose en no pocas parroquias de todo el mundo. Ejercicios de piedad todos éstos que *“contribuyeron de forma admirable a la Fe y a la Vida sobrenatural de la Iglesia militante en la tierra”*¹⁵⁸ .

Hay una acción de presencia del Santísimo Sacramento muy profunda, y al mismo tiempo muy discreta. Habrá circunstancias en que, entrando en una iglesia o capilla, en medio de una aridez, podemos no sentir nada. En otros momentos, por el contrario, al entrar sentimos una tan singular y profunda presencia en que nos dice: *“Estoy aquí”*. Es Jesús realmente presente, pero que no habla. Este sentirse envuelto por un ambiente religioso, este sentir la influencia bienhechora de la Sagrada Eucaristía presente en Cuerpo, Alma, Sangre y Divinidad en la Hostia Consagrada expuesta en Adoración, tiene un efecto en nuestras almas que no es de forma argumentativa. Sentimos, no apenas

157. PÍO XII. Mediator Dei, 163.

158. Idem, 166.

una realidad material, sino una realidad sobrenatural y religiosa. El silencio creado por la presencia del Santísimo Sacramento a nada se compara. Por ese motivo, la adoración debe ser *“siempre privilegiando el silencio, en el cual escuchar interiormente al Señor vivo y presente en el Sacramento”*¹⁵⁹. Esta sensación no es una utopía, pues Dios está presente y al mismo tiempo uno siente Su presencia; mostrando la realidad de la sensación que estoy sintiendo. Es, podríamos decir, el modo de actuar de la Providencia Divina en mí haciéndome conocer una realidad sobrenatural. Se crea una intimidad, como con ninguna otra situación o persona, con Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado.

Siendo la Eucaristía la fuente y cumbre de la vida eclesial (LG, 11), el *“memorial del Señor”* (Lc 22, 19), se comprende la unión, el vínculo, la inseparable relación, entre ella y toda la vida litúrgica de la Iglesia. *“El nexa Cristo-Iglesia-Liturgia se realiza por medio de la Eucaristía que revela aquí su fuerza “pneumática”*¹⁶⁰.

Esta afirmación está asentada en lo que nos enseña el Catecismo de la Iglesia, al explicar cómo - la calificada santa y divina Liturgia - encuentra *“su centro y expresión más densa en la celebración de este sacramento”*, *“en el Sacramento de los Sacramentos”* (CIC, 1330), la Eucaristía.

En las primeras comunidades cristianas, la Eucaristía recibía adoración en el marco de una Misa o al recibir la Comunión. En el siglo XIII comienza la piadosa costumbre de la adoración fuera de la Santa Misa, a partir de la institución de la Solemnidad del Corpus Christi. Surge,

159. BENEDICTO XVI. Ángelus. 10 de junio de 2012.

°60. FERRER GRESNECHE, Juan Miguel. Culmen et fons. Centralidad eclesial de la celebración litúrgica, p.174. La liturgia en los inicios del Tercer Milenio. Baracaldo: Grafite, 2004.

posteriormente, la exposición del Santísimo Sacramento. *“El Concilio de Trento ratifica la legitimidad de la adoración eucarística diciendo que nadie debe dudar de que los cristianos tributan al Santísimo Sacramento, al adorarlo, el culto de latría que se debe a Dios verdadero, según la costumbre, siempre aceptada, de la Iglesia Católica”*¹⁶¹. Ya, en tiempos más cercanos a nosotros, tanto Pablo VI al decir: *“estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven”*¹⁶²; como Juan Pablo II que invitaba a manifestar el culto a Jesús Sacramentado por las diversas formas de devoción eucarística: *“plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, congresos eucarísticos”*¹⁶³; y Benedicto XVI que incentivaba a que *“el pueblo cristiano profundice en la relación entre el Misterio eucarístico, el acto litúrgico y el nuevo culto espiritual que se deriva de la Eucaristía como sacramento de la caridad”*¹⁶⁴.

Ante el mundo secularizado que vivimos se hace indispensable incentivar la Adoración Eucarística, la oración, el culto, entorno a la Eucaristía. Pues *“el culto a la Eucaristía fuera de la Misa, en sus diversas formas, pueden ser de gran provecho para nuestra vivencia de este Sacramento, y por tanto, para la vida cristiana en general”*¹⁶⁵. Precisan ser incentivados los momentos de oración, de contemplación, sea personal o comunitaria, ante el Santísimo Sacramento del Altar. Pues la adoración a Jesús Sacramentado es una

161. SAYÉS, José Antonio. El Misterio Eucarístico, p. 453. Madrid: Palabra, 2003.

162. PABLO VI. Credo del pueblo de Dios, 26.

163. JUAN PABLO II. Dominicae Cenaе, 3.

164. BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica Sacramentum Caritatis, 5.

165. ALDAZÁBAL, José. Claves para la Eucaristía, p. 93. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica. Dossier CPL 17, 2000.

necesidad - no sólo una “obligación”-, pues “*si no se adora, es que no se cree que Cristo está ahí*”¹⁶⁶ .

Admirables documentos del Magisterio fueron dedicados por los últimos Papas a la Eucaristía; mismo que algunos no fueron precisamente sobre el tema, lo trataron destacadamente. En iniciales palabras en su encíclica *Ecclesia de Eucharistía*, Juan Pablo II da comienzo a explicitaciones maravillosas sobre cómo “*la Iglesia vive de la Eucaristía*” y que, “*esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra la síntesis del núcleo del misterio de la Iglesia*”¹⁶⁷ . Enfatizando cómo la Eucaristía edifica la Iglesia, al llegar al tema del culto que se da a la misma fuera de la Misa, decía que es “*de un valor inestimable en la vida de la Iglesia*”, principalmente por estar estrechamente unido a la celebración del Sacrificio Eucarístico. “*Tesoro inestimable, no sólo su celebración sino también estar ante ella fuera de la misa; nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia*”¹⁶⁸ .

Dentro de este contexto, llama la atención la afirmación hecha por Benedicto XVI, en su Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, sobre la “*objección difundida*”, en los tiempos en que la reforma litúrgica estaba en sus comienzos, “*basada, en la observación de que el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado sino para ser comido*”¹⁶⁹ . Esclarecía el Santo Padre Emérito que en los primeros pasos de la reforma “*a veces no se percibió de manera suficientemente clara la relación intrínseca entre la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento*”¹⁷⁰ .

166. SAYÉS, José Antonio. Op. Cit., p. 119.

167. JUAN PABLO II. *Ecclesia de Eucharistía*, 1.

168. Idem, 25.

169. BENEDICTO XVI. *Sacramentum Caritatis*, 66.

170. Idem, 66.

Pareciera que no se comprendiese, por parte de algunos, que la adoración, fuera de la celebración Eucarística, es la prolongación de lo acontecido en la misma. No dejaba el documento de incentivar insistentemente la práctica de la adoración eucarística, *“tanto personal como comunitaria”*¹⁷¹. Y más aún, en palabras de su homilía en la solemnidad de Corpus Christi del 2012, el Santo Padre confirmaba que, por *“una interpretación unilateral del concilio Vaticano II había penalizado esta dimensión, restringiendo en la práctica la Eucaristía al momento celebrativo”*¹⁷².

La adoración eucarística fortalece, vigoriza en los fieles, la fe en la presencia real y verdadera de Jesucristo en la Eucaristía. La forma solemne de expresar esta fe está en ver a Jesús Sacramentado en la Hostia para adorarlo; pues *“Jesucristo está presente en la Eucaristía de modo único e incomparable. Está presente, en efecto, de modo verdadero, real y sustancial: con su Cuerpo y con su Sangre, con su Alma y su Divinidad. Cristo, todo entero, Dios y hombre”*¹⁷³.

Vivimos momentos que podríamos calificar de desafío a Dios. Todo tipo de situaciones y problemas se acumulan en el mundo moderno que, multiplica sus maravillas en la ciencia y la técnica, pero que en medio de los cambios *“profundos y acelerados”*¹⁷⁴, crece la iniquidad, crece el mal. *“¿Cómo no hemos de pensar en la persistente difusión de la indiferencia religiosa y del ateísmo en sus más diversas formas, particularmente en aquella – hoy quizás más difundida – del secularismo?”*¹⁷⁵. Los hombres son arrastrados por el placer, el vicio, el pecado. Hay un

171. Idem, 67.

172. BENEDICTO XVI. Homilía en la Solemnidad de Corpus Christi, 7-6-2012.

173. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. Compendio, 282.

174. GAUDIUM ET SPES, 4

175. JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica Post Sinodal Christifideles Laici, 4.

silenciamiento con relación al persistente mal que se palpa diariamente. Los buenos se acobardan. *“En el campo evangélico crecen juntamente la cizaña y el buen grano... a veces profundamente entrelazados, el mal y el bien, la injusticia y la justicia, la angustia y la esperanza”*¹⁷⁶.

Este proceso descristianizante parece arrastrarlo todo, pero vemos, al mismo tiempo, una creciente *“aspiración y necesidad de lo religioso que no pueden ser suprimidos”*¹⁷⁷. Nace en el corazón de muchos – especialmente de aquellos que se aproximan a Jesús Sacramentado a adorarlo, queriendo servirle, entregar su corazón – el deseo de sufrir, enfrentar, contestar el mal existente, y proclamar nuestra fe católica, apostólica y romana. *“El triunfo de la Iglesia Católica se dará en el mundo moderno. Ese triunfo se dará ciertamente por el embate gigantesco entre las pequeñas fuerzas del bien y las enormes fuerzas del mal”*¹⁷⁸.

No podemos terminar este ítem sin transmitir algo sobre la oración. Ante un mundo alejado de Dios, *“¿no es acaso un ‘signo de los tiempos’ el que hoy, a pesar de los vastos procesos de secularización, se detecte una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta precisamente en una renovada necesidad de orar?”*¹⁷⁹. Nace un malestar ante esa violencia que se impone, pues se está actuando contra la naturaleza del hombre que siempre va a la búsqueda de Dios. Es la parábola del hijo pródigo, que llegando a la vergüenza y la miseria, vuelve su pensamiento a la casa paterna (Lc 15, 1-32).

176. Idem, 3.

177. Idem, 4.

178. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. O papel da Eucaristía no mundo moderno, p. 27. Revista Dr. Plinio, nº 147, Junho de 2010.

179. JUAN PABLO II, Novo Millennio Ineunte, 33.

Es indispensable entonces que haya verdaderas escuelas de oración, “donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón»¹⁸⁰.

La devoción mariana

El papel de la Eucaristía nos hace pensar en Nuestra Señora, que con sus oraciones consigue las gracias que precisan los hombres y el mundo. San Luis María Grignon de Montfort¹⁸¹ insiste mucho en que para encontrar a Nuestro Señor Jesucristo es preciso buscarlo en Nuestra Señora: con María, para María, en María, por María se llega a Jesús.

La devoción a la Santísima Virgen siempre ha sido considerada, justa y merecidamente, como el único culto cristiano -“porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu Santo al Padre”¹⁸² -, y medio de auténtica piedad.

Nuestro Señor es la fuente de todas las gracias. Nuestra Señora es el canal de todas las gracias. Todo cuanto a Él pedimos Él lo tiene, pues es infinito y posee todo. Todo cuanto pedimos por medio de Nuestra Señora lo obtenemos. Es bien conocida la afirmación de que, si olvidamos a María, y pedimos por medio de los Ángeles y de los Santos sin la mediación¹⁸³ de Ella, pues

180. Idem, 33

181. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONRFORT. Tratado da Verdadeira Devoção à Santíssima Virgem. Capítulo VIII, artículo II, p. 241 y ss. Petrópolis RJ: Editora Vozes, 1961.

182. PABLO VI. Exhortación Apostólica Marialis Cultus, Introducción.

183. Nota: La Iglesia aprobó bajo Benedicto XV, el 21 de enero de 1921, el Oficio y la Misa propios de María Medianera de todas las gracias, para diócesis y familias religiosas que lo habían solicitado.

nada obtendremos. Si a María Santísima pidiésemos que interceda, Ella sola sin ellos, obtendríamos todo. En repetidas oportunidades León XIII afirmaba esta gran enseñanza: *“Se puede afirmar con toda verdad y rigor que, por divina disposición, nada nos puede ser comunicado, del inmenso tesoro de la gracia de Cristo sino por medio de María. De modo que, así como nadie puede llegar al Padre Supremo sino por medio del Hijo, así también, ordinariamente, nadie puede llegar a Cristo sino por medio de su Madre”*¹⁸⁴.

El origen del culto mariano no es fácil de precisar, dado que no surge por decreto ni de golpe en los fieles, sino a través de los siglos en la vida litúrgica de la Iglesia. *“Sin embargo puede afirmarse que es anterior al concilio de Efeso (a. 431) y que su núcleo aparece no obstante la presencia de María en las confesiones de fe bautismales del siglo II y en la anáfora de Hipólito (ca. 215) entorno al ciclo natalicio”*¹⁸⁵.

El mundo ha sufrido transformaciones produciendo desequilibrios que *“hunden sus raíces en el corazón humano”* (GS, 10), *“redundan también en la vida religiosa”* (GS, 4). Estamos ante una crisis que por tocar el alma del hombre es moral, y por ser moral es substancialmente religiosa, ya que no se concibe una moral sin religión. Por lo tanto, *“esa crisis sólo puede ser evitada, sólo puede ser remediada con el auxilio de la gracia”*¹⁸⁶.

Siendo María Santísima, como enseñan numerosos teólogos, el tesoro y canal de todas las gracias, el cuello del Cuerpo Místico del cual Nuestro Señor Jesucristo es la

184. LEON XIII. Encíclica Octobri mense. Sobre o rosário de Nossa Senhora, 12. 22-9-1891.

185. ABAD IBÁÑEZ, J.A. y GARRIDO BONAÑO, M. Iniciación a la Liturgia de la Iglesia, p. 761. Madrid: Palabra, 1997.

186. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Revolución y Contra Revolución, Prólogo del autor a la edición argentina, p. 23. Buenos Aires : Edición TFP, 1970

Cabeza; todo pasa por Ella. María es Reina, es a María que la Iglesia le reza diciendo “Reina y Señora de los Cielos y la tierra”¹⁸⁷. Pero, la realeza de Nuestra Señora, aun teniendo soberana eficacia en toda la vida de la Iglesia y la sociedad temporal se realiza primeramente en el “santuario interior de cada alma, es desde donde Ella se refleja sobre la vida religiosa y civil de los pueblos”¹⁸⁸.

En el Evangelio de San Juan vemos cómo Nuestro Señor responde a la pregunta de Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14, 8), con afirmación clara y tajante: “Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí”. Así vemos que Cristo es el único camino al Padre, es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo. *“Pero la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo y amaestrada por una experiencia secular, reconoce que también la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia el Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana”*¹⁸⁹.

La Constitución Conciliar Lumen Gentium dedica un capítulo a la Santísima Virgen María. Sobre la naturaleza y fundamento del culto a María, destacando su historia y especialmente su eficacia, enseña que *“este culto, tal como existió siempre en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo Encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, y lo favorece eficazmente, ya que las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios”*¹⁹⁰ hacen que el Padre Eterno sea *“mejor conocido, amado y glorificado, y a la vez sean mejor cumplidos sus mandamientos”*¹⁹¹.

187. PÍO XII. Oración a María Reina. 1º de noviembre de 1954.

188. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Revolución y Contra-Revolución. Prólogo del autor para la edición argentina, p. 32. Buenos Aires, 1970.

189. PABLO VI. Exhortación Apostólica Marialis Cultus, 57.

190. CONCILIO VATICANO II. LUMEN GENTIUM, 66

191. Idem, 66

Eucaristía y María, dos devociones íntimamente relacionadas e indispensables a ser difundidas en nuestros días para contrarrestar la avalancha paganizante que convulsiona del mundo moderno. De María, aprendamos su fe Eucarística, de Ella que ofreció en su “*fiat*” su seno virginal para la encarnación de nuestro Redentor; de Ella “*mujer eucarística con toda su vida*”¹⁹² .

Amor al Papado

Así como en María, con María, por María llegamos a Jesús, podremos afirmar también que es en Pedro, con Pedro y por Pedro que llegamos a Jesús. Y como coronamiento de esta devociones está el amor que consagramos al Santísimo Sacramento del altar¹⁹³ .

El Papa es Jesús que nos habla pero sin la “*presencia real*”, así como habíamos afirmado páginas antes de que en la Hostia Sagrada estaba Jesús “*presente*” pero no nos habla.

Poniendo todo el peso de su autoridad soberana, Jesús le dice a Pedro: “*Ahora yo te digo, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*” (Mt 16, 18). Edificar su Iglesia, dar a Pedro el poder específico y su misión: “*Jesús define a Simón Pedro como cimiento sobre el que construirá su Iglesia. La relación Cristo-Pedro se refleja, así, en la relación Pedro-Iglesia*”¹⁹⁴ . La promesa de Nuestro Señor de instituir sobre la persona de Pedro la Santa Iglesia y de que “*el poder del infierno no la derrotará*” (Mt 16, 18), con la finalidad de enseñar a los hombres las verdades eternas

192. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistía*, 53.

193. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Artículo Tú tienes palabras de vida eterna. *Revista Dr. Plinio*, nº 67, outubro de 2003, p. 19. São Paulo: Editora Retornarei.

194. JUAN PABLO II. Audiencia General, 25 de noviembre de 1992.

para su salvación, era tener un maestro infalible que las enseñe. Ese “Pedro”, esa Cátedra, la del Papado, que no caiga en error en materia de fe y costumbres, al interpretar la Escritura Sagrada y la Tradición de la Iglesia. No sólo Pedro fue hecho el fundamento, piedra de Su Iglesia, sino que al mismo tiempo le entregó las llaves del reino de los cielos (Mt 16, 19) y lo instituyó pastor de su rebaño (Jn 21, 15-17). Lo hizo “*principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, así de los obispos, como de la multitud de los fieles*” (LG 23, CIC 882), confiándole su rebaño, incluyendo como podemos ver, a la Jerarquía Eclesiástica.

A lo largo de los siglos, la grandiosa misión del Papado, con su admirable continuidad, la vemos en lo que se puede calificar como eje y fundamento de la historia de la Iglesia; y por ser eje de la historia de la Iglesia es el eje de la historia del mundo. Nace de estos principios la importancia en nuestros días de una devoción creciente, con adhesión llena de sumisión, a la Cátedra infalible de Pedro, a la persona del Papa que en continuidad al Magisterio de siempre, lleva en sus manos el timón de la “barca” de la Iglesia: “*Ubi Christus ibi Deus; ubi Ecclesia ibi Christus; ubi Petrus ibi Ecclesia*”. Sólo estaremos unidos a Nuestro Señor Jesucristo, mediante una unión sobrenaturalmente fuerte, unión de vida y de muerte, a la Cátedra de Pedro. Donde está Pedro, ahí está la Iglesia de Dios ¹⁹⁵.

En su última sesión, el Concilio Vaticano I aprobó la Constitución Pastor Aeternus que fundamentada en la Escritura, y en los Padres de la Iglesia, transmite el carácter de perpetuidad al primado de Pedro, así como el sumo

195. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. A solenidad de amanha. Legionario, 17-2-46.

y universal poder de jurisdicción del Papa sobre toda la Iglesia, definiendo el dogma de la infalibilidad pontificia, adhiriéndose fielmente a la tradición recibida de los inicios de la fe cristiana enseñaba que:

El Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, esto es, cuando en el ejercicio de su oficio de pastor y maestro de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define una doctrina de fe o costumbres como que debe ser sostenida por toda la Iglesia, posee, por la asistencia divina que le fue prometida en el bienaventurado Pedro, aquella infalibilidad de la que el divino Redentor quiso que gozara su Iglesia en la definición de la doctrina de fe y costumbres. Por esto, dichas definiciones del Romano Pontífice son en sí mismas, y no por el consentimiento de la Iglesia, irreformables.

Y el Concilio Vaticano II reafirma que *“el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente”* (LG, 22).

Podremos cerrar estas consideraciones sobre el amor a Jesús Sacramentado, a María Santísima y al Papa, afirmando que son los tres pilares de la vida espiritual de todo católico verdadero. Sin estos amores, el mundo será un túnel oscuro, en que el caos, la confusión, el horror, dominarán todo.

Y nada mejor que un comentario del Doctor Plinio Corrêa de Oliveira por el año 1958 sobre estas tres devociones que conforman lo que podríamos llamar el “*cuerpo espiritual*” del carisma de los Heraldos del Evangelio. Consideraba el citado autor que: “*Cuando estas tres devociones florecen, tarde o temprano la Iglesia triunfa. Y, a contrario sensu, cuando ellas están en decadencia, tarde o temprano la civilización cristiana decae*”¹⁹⁶.

195. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Primeiro marco do ressurgimento contra-revolucionário. Mensario Catolicismo, p. 1-2. N° 86. Año 1958.

*Cambios profundos y acelerados
conmueven al mundo contemporáneo.
Vivimos una revolución cultural desacralizante
que abarca todos los aspectos de la
vida de los hombres, extendiéndose a todos
los pueblos.*

*Se atenúan los signos del Evangelio,
hay un apagarse de la fe.
Muchos han propuesto soluciones.
Pocas han logrado detener este
proceso desacralizante.
En los artículos de este opúsculo,
encontrará el lector variados temas
relacionados con la Sagrada Liturgia,
propuestos como camino
para la restauración de la
vida cristiana en la sociedad.*